

STAR WARS

Aprendiz de Jedi 11

CAZA LETAL

Jude Watson

Título original: Star Wars: Jedi Apprentice - The Deadly Hunter.

Traducción: Virginia de la Cruz Nevado.

Imágica Ediciones, S.L.: Alberto Santos &
Patricia Forde & Carlos L. García-Aranda.

Diseño y maquetación: Carlos L. García-Aranda.

Ilustración de cubierta: Cliff Nielsen.

Edición original realizada por Scholastic, Inc.
Alberto Santos, Editor.

1a edición: mayo, 2003.

CONTRAPORTADA

Antes del "Episodio I"
Antes de "La guerra de las galaxias"
La historia de Obi-Wan Kenobi

La paz por encima de la ira
El honor por encima del odio
La Fuerza por encima del miedo

Nadie sabe su nombre, ni cuándo atacará.
Sólo se sabe que es una cazarrecompensas
peligrosa y letal, y que su última misión
la ha traído a Coruscant,
hogar de los Jedi.

Su objetivo:
un viejo amigo de Qui-Gon Jinn.

Qui-Gon y su aprendiz, Obi-Wan Kenobi,
intentan capturarla, pero fracasan.

Ahora, ellos también son su objetivo...

Capítulo 1

Obi-Wan Kenobi se echó el equipo de supervivencia a la espalda y bostezó. El viaje había sido largo. A su alrededor se elevaban los numerosos niveles de Coruscant, la ciudad que cubría un planeta. Se encontraba en una plataforma de aterrizaje en uno de los niveles superiores, rodeado de rascacielos que acababan en agujas y torretas. La niebla que lo cubría todo podía ser atmósfera o nubes. El cielo estaba lleno de vehículos, grandes y pequeños, que transitaban por las vías aéreas con habilidad y audacia.

Obi-Wan contempló a su Maestro, el Caballero Jedi Qui-Gon Jinn, y dio las gracias al piloto del carguero espacial que les había llevado a Coruscant. Se fijó en la respetuosa inclinación con la que su Maestro se despidió de la desaliñada criatura. Sus modales eran impecables, pero la firmeza estaba detrás de todos y cada uno de sus gestos y palabras. Obi-Wan esperaba llegar a tener algún día esa elegancia y seguridad al relacionarse con otros seres vivos. A menudo se sentía raro a la hora de tratar con los múltiples personajes que se encontraban en sus viajes.

"El tiempo pasa y enseña", le había dicho Qui-Gon. "Tienes catorce años. Te queda mucho por ver y mucho por experimentar. No intentes adelantar el conocimiento que persigues. Lleva su tiempo".

—Lamento no poder llevaros hasta allí —dijo el piloto al Jedi—, pero hay muchos aerotaxis por este distrito.

—Te agradecemos que nos hayas ayudado. Te deseo un buen viaje a casa —le dijo Qui-Gon con su tranquilidad habitual.

—Siempre es un placer ayudar a los Jedi —respondió el piloto, despidiéndose alegremente.

Qui-Gon se echó el equipo de supervivencia al hombro y miró satisfecho a su alrededor.

—Es un placer estar de vuelta —dijo.

Obi-Wan asintió. Coruscant era donde se encontraba el Templo, y el Templo era su hogar. Ya era casi la hora del almuerzo y Obi-Wan llevaba pensando en ello desde hacía muchos kilómetros. Qui-Gon y él llevaban bastante tiempo viajando por la galaxia.

—Mira, por ahí viene un aerotaxi —Obi-Wan dio un paso adelante.

—Espera, padawan.

Obi-Wan se dio la vuelta. Qui-Gon dudó un momento y le indicó que se acercara.

—Tengo otra idea. ¿Te importaría que pasáramos por otro sitio antes?

Obi-Wan intentó ocultar su decepción.

—Como desees.

Qui-Gon sonrió.

—No tardaremos mucho. Quiero que conozcas a alguien, un amigo. No está muy lejos. Podemos ir andando.

Qui-Gon caminó hasta el extremo de la plataforma de aterrizaje y activó una pasarela de cruce al siguiente nivel. En el distrito del Senado, los edificios estaban muy cerca unos de otros y se podía circular perfectamente por las pasarelas sin recurrir al transporte aéreo.

Obi-Wan se adaptó a las grandes zancadas de Qui-Gon. Esperó, sabiendo que si Qui-Gon le quería dar más información sobre ese amigo, lo haría.

—Didi Oddo tiene una cafetería cerca del edificio del Senado —explicó Qui-Gon—. Es un informador, por decirlo de alguna manera. Muchos Jedi acuden a él en busca de información. No le pagamos, pero a cambio somos sus ojos ahí fuera. Conoce a todo el mundo en Coruscant, desde los asistentes de los senadores hasta los ludópatas pasando por varios seres que consideran la ley como una tapadera para sus... operaciones —Qui-Gon sonrió brevemente—. Todo el mundo conoce el Café de Didi. Yo le conocí cuando era un poco mayor que tú.

Obi-Wan percibió aprecio en el tono de Qui-Gon. Su cansancio se disipó. Sería interesante conocer a un amigo de Qui-Gon. Y en una cafetería quizá tuviera la posibilidad de comer algo.

Caminaron por una pasarela peatonal, pasando por delante de tiendas y restaurantes repletos de turistas y hombres de negocios que viajaban a Coruscant para ver el Senado o para presentar sus peticiones ante él. De vez en cuando tenían que activar una pasarela para ir de un nivel a otro. Las pasarelas estaban llenas de seres procedentes de toda la galaxia. Casi todos hablaban en básico, aunque Obi-Wan también oyó algunos idiomas que no reconoció en absoluto.

Qui-Gon se detuvo ante una pequeña cafetería en una esquina. Comparada con los grandes restaurantes que la rodeaban, parecía un tanto destartada. Habían intentado animar la fachada pintando los marcos de las ventanas y de la puerta de un alegre color azul, pero las recientes capas de pintura sólo conseguían que las agrietadas paredes de piedra parecieran más ruinosas de lo que eran.

Sin embargo, Obi-Wan se dio cuenta de que la cochambrosa cafetería estaba llena a rebosar, mientras que el restaurante de al lado estaba vacío. En el interior del local, la gente estaba sentada en pequeñas mesas apiñadas, hablando, gesticulando y comiendo enormes platos.

—No hables con nadie —le sugirió Qui-Gon—. Aquí hay de todo, y las peleas son frecuentes.

Fue hacia la puerta, pero se detuvo y se dio la vuelta.

—Ah, una cosa más. Pase lo que pase, no comas nada.

Ahogando un suspiro, Obi-Wan siguió a Qui-Gon hacia la bulliciosa cafetería. Las mesas estaban tan próximas que apenas se podía pasar entre ellas. Obi-Wan

estuvo a punto de tirar al suelo el plato de un cliente, un togoriano, que lo agarró gruñendo.

— ¡Idiota torpe!

Obi-Wan siguió andando detrás Qui-Gon, que se abría paso elegantemente por los estrechos espacios. Finalmente, llegaron a una zona abierta en la parte de atrás. Había una barra llena de clientes a lo largo de la pared.

—Ya has tenido bastante, Andoran —exclamó una alegre voz—. Acábate la cerveza y pide algo de comer. Necesitas comida, no bebida, amigo mío. Pilus, ¿a esto llamas tú propina? Acabas de ganar una fortuna llevando especias al sistema Quintus. Estírate un poco, te he hecho muchos favores y tengo una hija que criar. Nadarr, deja que te sirva un poco más de té. No, no, no me pagues, guárdalo para las medicinas de tu mujer. Es curioso lo rápido que nos recuperamos cuando podemos pagar al médico.

Qui-Gon sonrió.

—Ése es Didi.

Obi-Wan seguía sin ver nada. De repente, un hombrecillo regordete y de rostro melancólico se subió a un taburete detrás de la barra para coger una botella, se dio la vuelta y les vio.

— ¡Estrellas y planetas, es Qui-Gon Jinn! Despejad el paso, amigos, ¡tengo una bienvenida que dar!

La tristeza de su cara se convirtió en una sonrisa. Con una agilidad sorprendente, Didi saltó sobre la barra y de ahí al suelo.

Rodeó al Jedi con sus cortos brazos. Obi-Wan retrocedió confundido. Nunca había visto a nadie abrazar a Qui-Gon. El Jedi era un hombre tan reservado que Obi-Wan supuso que no le devolvería el abrazo. En lugar de eso, Qui-Gon le palmeó la espalda a Didi.

—Qué alegría verte —dijo Qui-Gon.

Didi soltó a Qui-Gon.

—Qué malo eres, llevas mucho tiempo sin aparecer por aquí, pero mis ojos agradecen posarse sobre tu persona.

Qui-Gon hizo un gesto señalando la cafetería.

—Has hecho cambios y has engalanado el sitio. Pintura nueva, decoración nueva. Está más bonito —miró de reojo a la barra—. Y más limpio.

¿Limpio? Pensó Obi-Wan. *¿Antes era peor?*

—Es cosa de mi hija Astri —Didi se encogió de hombros—. Está intentando atraer a una clientela mejor. Quiere que me deshaga de algunas mesas para hacer más sitio. Que compre platos nuevos... que haga reformas. ¡Incluso está dando clases de cocina! O me arruina o me hace ganar una fortuna, aún no sé cuál de las dos cosas. ¿Y quién es este joven tan encantador?

—Es mi padawan, Obi-Wan Kenobi —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan saludó con la cabeza a Didi.

—Encantado de conocerte.

—Yo también —Didi se puso serio y le tocó a Qui-Gon en el brazo—. Creo que el destino te ha traído a mi puerta, querido amigo.

Qui-Gon le miró amablemente.

— ¿Va todo bien?

—Todo va... —Didi se detuvo—. No podemos hablar aquí. Vamos a mi despacho.

Obi-Wan les siguió mientras Didi hacía deslizarse un panel y les conducía a un cuarto trasero abarrotado. Había montañas de cajas que llegaban al techo, y la mesa estaba llena de hojas de registro, servilletas y un delantal manchado de comida.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, el alegre rostro de Didi se descompuso. Se frotó las manos y miró fijamente a Qui-Gon con tristeza.

—Amigo mío —dijo—. Tengo miedo. El peligro me acecha. Necesito tu ayuda.

Capítulo 2

Cuéntame —dijo Qui-Gon—. Sabes que te ayudaré si puedo. Didi respiró hondo.

—Hace dos días estuvieron a punto de secuestrarme. Yo iba andando tranquilamente por la calle cuando una mujer con una armadura de plastoide se abalanzó sobre mí desde atrás. Una especie de látigo me atrapó y comenzó a arrastrarme hacia ella. Por suerte, había por allí un pirata de Cavrillhu. Estaba enfadado porque la mujer le había roto el visor al pasar. Se enfrentó a ella con una enorme vibrocuchilla y la mujer escapó. Pero le soltó un latigazo de recuerdo antes de irse.

— ¿Quién era esa mujer? —preguntó Qui-Gon.

—Una cazarrecompensas —dijo Didi en un susurro—. Pregunté por ahí. Conozco a todo el mundo en este sector. Nadie sabe de dónde es, pero es humanoide.

La noticia dejó desolado a Qui-Gon. Didi siempre se las había apañado para quedarse en el lado bueno de la ley, o casi. Qui-Gon miró a su amigo fijamente.

— ¿Una cazarrecompensas? ¿Y por qué te busca?

—No me busca a mí, lo juro —dijo Didi con convicción—. Puede que entre mis clientes haya algunas criaturas de dudosa reputación, pero yo no soy un criminal. Tú lo sabes, amigo mío. Está bien, de acuerdo —dijo antes de que Qui-Gon pudiera hablar—, puede que alguna vez haya comprado en el mercado negro. Quizás haya apostado un par de veces, pero eso no significa que quebrante la ley.

Qui-Gon suspiró.

—Para ti es contraproducente jugártela así en Coruscant, Didi.

— ¡Claro que sí! ¡Lo sé perfectamente! —exclamó Didi, asintiendo frenéticamente—. Pero sé que la cazarrecompensas no iba a por mí. Seguro que el gobierno de algún planeta me ha confundido con otro. Esas cosas pasan, ¿sabes?

Qui-Gon vio la incredulidad en el rostro de Obi-Wan. Sabía que su padawan no confiaba en Didi. No conocía la generosidad de su corazón ni cómo se ocupaba de los muchos seres que poblaban su cafetería sin que ellos se enteraran. Una de las lecciones que Obi-Wan tenía que aprender era ver más allá de las apariencias. Y quizás ésta era la ocasión.

— ¿Qué quieres que haga, Didi? —preguntó Qui-Gon.

—Habla con ella y dile que ha habido un error. Convéncela de que soy inocente —dijo Didi en tono grave.

— ¿Cómo puedo encontrarla? —preguntó Qui-Gon.

Obi-Wan le miró incrédulo. Qui-Gon respondió con una mirada más expresiva que cualquier palabra. *Espera, padawan.*

—Sé dónde se aloja. En un hostel que no está muy lejos —dijo Didi rápidamente—. Podríais ir ahora mismo. Es un favor mínimo para un Jedi. No tardaréis ni cinco minutos. Le resultará facilísimo a alguien tan sabio y tan fuerte como tú. Ella no podrá hacer caso omiso de un Jedi. Sabes cuánto te aprecio, Qui-Gon. Jamás te pondría en peligro. Tu vida ha de ser larga porque yo te valoro mucho.

A Qui-Gon le brillaron los ojos.

—Ya, ya. Mi vida ha de ser larga porque te conviene, Didi.

— ¡Ja! Y además eres listo. La sabiduría Jedi siempre puede conmigo. Pues claro que no lo digo sólo por mí —dijo Didi apresuradamente—. Hay muchos que dependen de ti. Como tu padawan. ¿No es así, Obi-Wan?

A Obi-Wan no parecía gustarle que Didi le incluyera en la conversación.

—Perdóname, Didi —dijo—, pero si eres tan inocente, ¿por qué no vas tú mismo a ver a la cazarrecompensas? Pídele que te haga un escáner de retina o enseñale tu documentación. Podrías aclarar el tema en cuestión de segundos.

—Sería un buen plan si yo no fuera tan cobarde —dijo a Obi-Wan con seriedad. Luego se volvió hacia Qui-Gon—. Ya ves cómo te adora. Igual que yo. Cuestionas el afecto que te tengo, y eso me duele —Didi se secó los ojos secos con un pañuelo que cogió de un montón en el escritorio.

—Vale, Didi —dijo Qui-Gon divertido—. Déjate de escenitas. Iré a ver a la cazarrecompensas.

Didi sonrió.

—Se hospeda en el Hostel Aterrizajes Suaves, que está situado en el tercer Cuadrante del Senado, en la calle Cuarto de Luna.

—Volveremos enseguida —dijo Qui-Gon—. Intenta no meterte en más problemas mientras tanto.

—Me quedaré aquí y seré muy bueno —le garantizó Didi.

Los Jedi se abrieron paso por el atestado café y salieron a la calle.

—No lo entiendo —comentó Obi-Wan en cuanto salieron—. ¿Por qué te fías de él? ¿Qué pasa si Didi cometió un delito y te está utilizando para quitarse de encima a esa mujer? Su historia no tiene mucho sentido. Los cazarrecompensas pueden carecer de principios, pero rara vez cometen errores. ¿Por qué has aceptado?

—Puede que tú no te fíes de Didi, pero yo jamás le he visto mentir —respondió Qui-Gon tranquilamente—. Y tiene razón cuando dice que conoce a todos los criminales de Coruscant, pero él no es uno de ellos.

—Maestro, no me corresponde cuestionar tus decisiones —dijo Obi-Wan—, pero me parece que nos estamos metiendo en algo que podría ser peligroso, y no es un problema que concierna a los Jedi. Estamos hablando de un hombre que trata con criminales y demás escoria galáctica para obtener información que

posteriormente vende al mejor postor. Si vives en ese tipo de mundo, te mereces todo lo que te pase.

—Puede que tengas razón —dijo Qui-Gon.

—No entiendo por qué le ayudas —dijo Obi-Wan frustrado.

Qui-Gon dudó un instante.

—Porque es mi amigo.

Capítulo 3

Este sitio no me sugiere aterrizajes suaves —comentó Obi-Wan, mirando receloso el Hostal Aterrizajes Suaves—. Parece más bien un aterrizaje forzoso a gran escala.

—He visto muchos sitios como éste —dijo Qui-Gon—. Lo frecuentan viajeros espaciales que buscan unas horas de sueño. No está preparado para la comodidad.

El edificio estaba construido a base de escombros, láminas de duracero y tuberías de conducción que envolvían el inmueble como si lo estuvieran ahogando hasta la muerte. Toda la estructura estaba inclinada y daba la impresión de que un empujoncito podría derribarla. Las escaleras subían hasta una puerta desvencijada de duracero y estaban repletas de rebosantes cubos de basura.

—Bueno —dijo Qui-Gon pensativo—. Vamos a acabar con esto de una vez.

Subieron los escalones y pulsaron el botón del intercomunicador de acceso. Una voz resonó en un altavoz incrustado junto al dintel.

— ¿Na hti vel?

—Venimos a visitar a un huésped —dijo Qui-Gon.

La puerta se abrió. Una pequeña togoriana asomó la cabeza.

—Estamos buscando a una mujer —dijo Qui-Gon—. Es una humanoide y lleva una armadura reforzada de plastoide...

—Tercera planta. Habitación Dos —la togoriana regresó a su habitación.

— ¿Cómo se llama?

La togoriana no se dio la vuelta.

— ¿Y qué más da? Paga por adelantado.

Qui-Gon arqueó una ceja mirando a Obi-Wan. Era evidente que la seguridad no era una prioridad en el Hostal Aterrizajes Suaves.

Subieron rápidamente las rechinantes escaleras hasta el tercer piso. Qui-Gon llamó a la puerta número dos. No hubo respuesta.

—Soy Qui-Gon Jinn, Caballero Jedi —exclamó el Maestro Jedi—. No queremos hacerle daño, sólo formularle unas preguntas. Pido, por favor, permiso para entrar.

No hubo respuesta, pero, tras un momento, la puerta se abrió. Lo único que percibió Obi-Wan fue un ligero movimiento cerca del suelo. La puerta se había abierto sola. La habitación estaba a oscuras y no se veía a nadie. Sintió el peligro acercándose hacia él como las grietas del transpariacero roto.

Qui-Gon también percibió el peligro, pero se adentró con valentía en la habitación sin desenfundar su sable láser. Obi-Wan hizo lo mismo.

El Maestro Jedi fue directamente a la ventana. Subió la persiana y la pálida luz amarilla se coló en la estancia.

La cazarrecompensas estaba sentada en un taburete, mirándoles y de espaldas

a la pared. Su cráneo afeitado reflejaba la luz y brillaba como la luna. Contemplaba a sus visitantes sin mostrar interés. Bajo la armadura de plastoide y las botas altas, se percibía una constitución atlética y fuerte. Cuando se levantó, comprobaron que era casi tan alta como Qui-Gon.

—Venimos en nombre de Didi Oddo —dijo Qui-Gon amablemente—. Usted está intentando capturarlo, pero él no ha hecho nada malo. Le solicita que revise su información o contacte con el Gobierno o la entidad que la haya contratado. Está seguro de que se ha equivocado de persona. ¿Lo hará?

La cazarrecompensas no dijo nada. Miraba fijamente a Qui-Gon, pero sus ojos carecían de expresión.

—Didi Oddo tiene una cafetería —dijo Qui-Gon—. No es un criminal. Rara vez sale de Coruscant.

Silencio.

—Si me permite ver la orden de búsqueda, podríamos aclarar el asunto inmediatamente —dijo Qui-Gon—. Y nosotros nos marcharemos.

Más silencio. Obi-Wan se obligó a sí mismo a permanecer quieto. Sabía que no debía hacer movimientos falsos. Era un duelo de voluntades. Qui-Gon estaba tranquilo y mostraba su habitual expresión amable. No iba a demostrar a la cazarrecompensas que le estaba intimidando con su silencio. Nadie intimidaba a Qui-Gon.

—Me veo obligado a insistir —dijo Qui-Gon, endureciendo el tono un poco—. Si ha habido un error, deberíamos comprobarlo de inmediato. Supongo que estará de acuerdo conmigo.

Pero la cazarrecompensas seguía sin responder. Parecía aburrida. O quizá dormía con los ojos abiertos...

El movimiento vino de ninguna parte y le cogió por sorpresa. Él había estado observando la cara de la mujer para intentar adivinar lo que iba a hacer. Ella apenas movió un músculo, pero, con un ligero desplazamiento de sus dedos, el látigo chasqueó en el aire con la afilada punta dirigiéndose al rostro de Obi-Wan.

El chico retrocedió, pero el látigo dio varias vueltas alrededor de su cabeza y se estrechó mientras Obi-Wan se llevaba las manos al cuello.

Los extraordinariamente rápidos reflejos de Qui-Gon estaban más agudizados que los de su padawan. Su sable láser se activó como un rayo y dio un salto hacia el látigo para cortarlo.

Pero los ágiles dedos de la cazarrecompensas volvieron a tirar, y el látigo soltó el cuello del chico. La mujer escapó del alcance del sable láser y rozó la hoja de Qui-Gon.

La cazarrecompensas se puso en pie. El látigo chasqueó de nuevo y esta vez se enrolló en los tobillos del chico mientras éste se adelantaba para atacar.

El padawan tropezó y cayó sobre una mano. La cara le quemaba. Odiaba ser torpe. Era la segunda vez que la cazarrecompensas le sorprendía. La furia le

nubló la vista un momento. El joven se esforzó por concentrarse en la calma que necesitaba para el combate.

El látigo se replegó. De repente, brilló con roja intensidad en la penumbra de la habitación. Había activado el modo láser.

El sable de Qui-Gon se enredó con el látigo. Los dos láseres echaron humo. A pesar de estar enredado con el arma Jedi, la cazarrecompensas consiguió que la punta del látigo hiriera a Qui-Gon en el brazo. El Maestro Jedi se vio obligado a retirarse y atacar a su oponente desde otro lado.

Obi-Wan se abalanzó para ayudarlo, agachándose para poder asestar un revés a la mujer con el sable láser. Ella saltó tres veces hacia atrás para evitarle y, de repente, se echó al suelo y rodó hasta la ventana. Sus movimientos eran fluidos, como si no tuviera huesos. Obi-Wan no había visto nunca semejante habilidad acrobática.

La ventana estaba abierta unos pocos centímetros. Para sorpresa de Obi-Wan, la cazarrecompensas se despojó de la armadura y se deslizó por el estrecho hueco como si estuviera hecha de agua, luego tiró de la armadura tras ella, y de repente ya no estaba.

Qui-Gon desactivó el sable láser y se quedó mirando el lugar que había ocupado la cazarrecompensas.

—Una oponente formidable.

— ¿Cómo ha hecho eso? —preguntó Obi-Wan.

—Al menos ahora ya sabemos de dónde es —dijo Qui-Gon, guardando el sable láser—. Del planeta Sorrow. Los sorrowianos tienen una estructura ósea que puede comprimirse, lo que les permite colarse por espacios estrechos. Es increíblemente flexible. Por no mencionar lo buena que es con el látigo.

Obi-Wan se tocó el cuello.

—Desde luego, sabe usarlo.

—Nunca había visto ese arma —murmuró Qui-Gon—. Tiene dos modos, y uno es el láser. Y era extraordinariamente rápida, padawan. No te preocupes. Tus reflejos mejorarán cuando aprendas a controlar mejor la Fuerza.

—Tú ya te estabas moviendo cuando yo me estaba ahogando —dijo Obi-Wan con tristeza.

—Me esperaba lo del látigo —dijo Qui-Gon—. Didi nos lo contó. No aparté la vista de su muñeca. La próxima vez tú liarás lo mismo.

Qui-Gon se miró el hombro. Obi-Wan vio que tenía la túnica rasgada. Los jirones estaban empapados de sangre.

— ¡Estás herido!

—Me dio con la punta. Un poco de bacta y estaré bien. Ven, padawan. Vamos a darle la mala noticia a Didi —Qui-Gon sonrió mientras se retiraba los jirones de la herida—. No creo que esta cazarrecompensas quiera marcharse.

Capítulo 4

— ¡Te ha herido! —gritó Didi en cuanto vio a Qui-Gon—. ¡No puedo creerlo! —se llevó las manos a la boca—. Eso significa que es realmente peligrosa. ¡Mi problema es mayor de lo que pensaba!

—Olvida tus problemas un momento. Necesitamos agua para limpiar la herida —le dijo Obi-Wan bruscamente.

—Claro, claro, permitidme que os ayude. Tengo un equipo médico por aquí... —Didi comenzó a revolver el escritorio, tirando tarjetas de datos, recibos, latas y cajas.

—No te preocupes. Obi-Wan, ve a buscar tu botiquín —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan lo encontró rápidamente. Didi trajo una palangana con agua. Obi-Wan se puso manos a la obra, pero Didi le indicó que se apartara.

Obi-Wan vio cómo Didi cortaba la túnica y limpiaba cuidadosamente la herida, asegurándose de que no quedara ni un resto de suciedad o de tejido en la carne rasgada. Sus regordetes dedos eran sorprendentemente delicados. Trabajaba con rapidez y seguridad, sin dudar ni un momento. Obi-Wan no pudo evitar admirar su habilidad. No se hubiera sorprendido si Didi se hubiera mostrado un tanto reacio o le hubiera dado asco la sangre.

Didi le echó bacto en la herida y después, con gran suavidad, la envolvió con una venda limpia.

—Gracias —dijo Qui-Gon—. No hubiera podido pedir mejores cuidados.

—Necesitarás una túnica limpia —dijo Obi-Wan.

—Puedo ir a por una... —comenzó a decir Didi.

—Espera un poco —Qui-Gon contempló ceñudo a Didi—. Esta cazarrecompensas no va a rendirse. O es muy cabezota, o realmente tiene una orden de caza y captura.

—Imposible —dijo Didi, negando con la cabeza.

—O quizá no haya orden de búsqueda y simplemente hay alguien que quiere hacer daño a Didi —señaló Obi-Wan—. Los cazarrecompensas suelen aceptar encargos privados.

Didi se giró y miró a Obi-Wan, boquiabierto.

—Oh, no digas eso, Obi-Wan. Eso es todavía peor. Significaría que alguien le ha puesto precio a mi cabeza.

Obi-Wan se sorprendió al ver a Didi palidecer.

—No quería asustarte.

—Ya lo sé, querido chico —dijo Didi—. Es muy amable por tu parte, pero me has asustado. ¿Por qué iba a hacer eso alguien? No tengo enemigos. Sólo amigos.

—Obi-Wan, tienes razón —dijo Qui-Gon pensativo—. Tendríamos que haberlo pensado antes. Es lógico, considerando la actitud de la cazarrecompensas y la forma en la que Didi se gana la vida.

— ¿Sirviendo comida y bebida? —preguntó Didi atónito—. Admito que a más de uno le ha sentado mal la cena, pero yo no he envenenado a nadie. Al menos, no a propósito.

—No estoy hablando de tus dudosas habilidades como cocinero —dijo Qui-Gon a Didi—. Hablo de tus actividades secundarias. Traficas con información. Información que puede beneficiar o perjudicar tanto a los criminales como a las fuerzas de seguridad y a los miembros del Senado. ¿Y si sabes algo que alguien no quiere que se sepa?

— ¿Y qué podría ser? —preguntó Didi—. Yo no sé nada.

—Seguro que sí —insistió Qui-Gon—. Lo que pasa es que no sabes lo que es.

— ¿Como puedo saber algo sin saberlo? —exclamó Didi con frustración—. Y yo os pregunto, ¿acaso merezco la pena de muerte? Yo oigo algo y se lo cuento a otra persona por un pequeño beneficio, ¿y por eso voy a morir? ¿Es eso justo?

Didi hubiera proseguido, pero Qui-Gon le hizo callar con un gesto de impaciencia.

—Vamos a ver si podemos averiguarlo. Si supiéramos quién ha contratado a la cazarrecompensas, podríamos comenzar a investigar. Voy a llamar a Tahl.

Didi se derrumbó en una silla. Obi-Wan se acercó a Qui-Gon.

— ¿Vas a utilizar los recursos del Templo para esto? —le preguntó en voz baja.

—Tahl también es amiga de Didi —dijo Qui-Gon activando el intercomunicador—. Seguro que quiere ayudar.

Unos segundos después, Obi-Wan escuchó la voz de Tahl en el intercomunicador. Cuando Qui-Gon le puso al día sobre la situación, ella preguntó.

— ¿Didi está en peligro? Por supuesto que quiero ayudar.

—Sé que la cazarrecompensas es sorrusiana —dijo Qui-Gon—. No dijo nada. Es más o menos de mi tamaño y muy musculosa. Lleva una armadura de plastoide y la cabeza rapada.

—Sé quién es —dijo Tahl—, pero no sé cómo se llama. Nadie lo sabe. Hemos recibido informes un tanto alarmantes, así que Yoda me pidió que hiciera un seguimiento de los movimientos de esa cazarrecompensas. Es difícil porque tiende a esfumarse. No sabía que estuviera en Coruscant. No trabaja para Gobiernos, sólo para individuos muy ricos. Se ganó su reputación con una serie de asesinatos de encargo. Algunas de sus víctimas eran personalidades políticas y financieras.

—En otras palabras —dijo Qui-Gon sombrío—, es capaz de pasar por encima de medidas de alta seguridad.

—Exactamente. Y se dice que aceptará cualquier misión si el precio la

satisface. Es muy buena, Qui-Gon. Muy peligrosa.

Se oyó un lamento procedente del escritorio.

Tahl soltó una carcajada.

—Te he oído, Didi. No te preocupes. Con Qui-Gon ayudándote, todo saldrá bien. Qui-Gon, sé que os veré pronto a Obi-Wan y a ti. Yoda os espera.

La voz de Tahl sonó cálida al dirigirse a Didi. Obi-Wan no lo entendía. Era evidente que no estaba captando los encantos que Didi tenía para los Jedi.

Qui-Gon cortó la comunicación.

—La situación se pone interesante —comentó.

—Yo no emplearía esa palabra —dijo Didi en tono quejumbroso—. Terrible, quizá. Horrorosa, injusta, desesperada...

—La cuestión es —interrumpió Qui-Gon ignorando a Didi— ¿por qué iba a dignarse una asesina tan solicitada a ocuparse de un gorrón de baja estofa como Didi?

Didi se enderezó en el asiento.

— ¿De baja estofa? Un momento. Disiento de esa descripción. ¿No has notado que hemos pintado los marcos de las ventanas? Y lo de gorrón...

—Didi, concéntrate —le interrumpió Qui-Gon—. ¡Piensa!

—No es lo que se me da mejor —dijo Didi—, pero lo intentaré. La información ha sido un poco escasa últimamente. Y he estado muy ocupado con la cafetería. A Astri no le gusta mi... ocupación alternativa, así que tengo que ser cuidadoso. Pero hay un par de cosas que me contó no hace mucho Fligh, uno de mis informadores. Pero ninguna parece especialmente relevante. Ni siquiera sabía a quién vendérselas...

— ¿Qué son? —preguntó Qui-Gon con impaciencia.

Didi alzó un dedo regordete.

—La primera es que la senadora Uta S'orn del planeta Belasco va a dimitir —se detuvo un segundo—. Y los Tecnoaqueadores van a trasladar su cuartel a Vador-3.

Obi-Wan miró a Qui-Gon.

— ¿Los Tecnoaqueadores?

—Traficantes del mercado negro. Comercian con naves y armas —explicó Qui-Gon.

— ¿Pero qué más le da a la banda que yo conozca su nueva ubicación? —preguntó Didi—. Saben que no se lo vendería a la policía. Yo mismo he recurrido a sus servicios para encontrar piezas para mi mini-crucero —cuando Qui-Gon arqueó una ceja, Didi se apresuró a añadir—. ¡Bueno, es lo más barato! No es ilegal. Técnicamente.

— ¿Ni siquiera si las piezas son robadas? —preguntó Qui-Gon.

— ¡No sé si son robadas! —insistió Didi—. ¿Para qué voy a preguntar? Sé que yo no las he robado.

— ¿Y la senadora S'orn? —preguntó Qui-Gon.

Didi se encogió de hombros.

—No pertenece a ningún comité importante ni está planeando una guerra. No es más que un cotilleo. Iba a llamar a unos cuantos periodistas. Sé que uno de ellos pagaría unos cuantos créditos. Tendré que acordarme de refir a Fligh. Por lo visto ha vendido la misma información más de una vez. Os garantizo que todo esto son informaciones rutinarias. Nada por lo que asesinar a alguien. Sobre todo a mí.

—De eso no estamos seguros —dijo Qui-Gon pensativo—. Tendremos que investigar ambos temas.

¿Por qué nosotros?, pensó Obi-Wan. Ya le habían hecho un favor a Didi. ¿Por qué quería Qui-Gon involucrarse todavía más?

La puerta se abrió y una chica entró a toda prisa en la habitación. Llevaba un gorro de cocinero del que se escapaban unos ricitos negros que le rodeaban las orejas y el cuello. También llevaba un delantal que le llegaba hasta los pies, blanco como la nieve excepto por una gran mancha de un rojo brillante. Al caminar fue dejando huellas harinosas en el suelo. La muchacha sujetaba una cacerola llena de sopa, de la que procedía la mancha del delantal.

Le alargó una cuchara a Obi-Wan.

— ¿Te importaría probar esto?

Obi-Wan miró a Qui-Gon, recordando su advertencia de no probar la comida.

—No seas tímido. Toma —le acercó aún más la cuchara.

Obi-Wan no tenía elección. Un tanto reacio, se tragó la cucharada de sopa. Un líquido suave y sabroso le bajó por la garganta.

—Delicioso —dijo sorprendido.

— ¿De verdad? —dijeron la chica y Didi al unísono, también sorprendidos.

—De verdad —le dijo Obi-Wan.

Ella se giró hacia Qui-Gon.

— ¡Qui-Gon! Didi me dijo que habías venido. Qué alegría verte —colocó la cacerola en el escritorio, derramando un poco del contenido. Limpió la mancha con una esquina del delantal y tiró al suelo una pila de láminas reciclables—. Vaya.

Didi miró a Qui-Gon con una expresión de advertencia que la chica no percibió.

—Es sólo una visita de cortesía —respondió Qui-Gon—. Tienes razón, Astri. Llevaba mucho tiempo sin venir a ver a tu padre.

— ¿Te has fijado en las reformas? —preguntó Astri—. Lo pinté todo yo misma. Fue difícil convencer a mi padre de que había que acicalar el sitio.

—No quiero asustar a los clientes habituales —dijo Didi.

—Ojalá eso fuera posible —gruñó Astri.

—No sé qué tenía de malo mi comida —prosiguió Didi—. Nadie se quejó nunca.

—Claro —dijo Astri alegremente—. Estaban muy ocupados vomitando. Mientras tanto, he decidido que tenemos que invertir en servilletas nuevas y manteles para las mesas...

—Manteles ¿para qué? ¿Para que se pongan perdidos?

Astri se volvió hacia Qui-Gon y extendió las manos.

— ¿Entiendes mi problema? Yo quiero mejorar el sitio y él no hace más que quejarse. No para de acoger a la peor clientela de la galaxia. Me prometió dejar de comprar y vender información, pero no puede evitar seguir alimentándoles. ¿Cómo puedo atraer a mejores clientes si el local sigue lleno de mafiosos?

—A todo el mundo le gusta comer con mafiosos —comentó Didi—. Es el condimento secreto.

—Yo me ocuparé de los condimentos, si no te importa —dijo Astri con decisión—. Acabo de conseguir un trato importante, padre. Podría ser nuestra gran oportunidad. Dentro de poco se celebrará una conferencia médica en el Senado, y vendrán científicos de toda la galaxia. Adivina quién ha reservado la cafetería para una cena íntima.

— ¿El Canciller? —sugirió Didi.

—No te pases —dijo Astri con una mueca—. ¡Jenna Zan Arbor!

Obi-Wan había oído hablar de Jenna Zan Arbor. Años atrás, cuando era una joven científica, alcanzó la fama inventando una vacuna para un planeta amenazado por un letal virus del espacio. Posteriormente centró sus actividades en ayudar a planetas con un nivel tecnológico bajo. Su último proyecto era triplicar el suministro de alimentos del planeta Melasaton, que sufría una ola de hambre.

— ¿Quién? —preguntó Didi.

— ¡Jenna Zan Arbor! —gritó Astri—. ¡Ha reservado toda la cafetería para su fiesta!

— ¿Y has dicho elegante? —preguntó Didi—. Eso sí que suena caro.

—Por favor... no... lo estropees —dijo Astri entre dientes. Luego cogió la sopa y salió de la habitación con los ricitos flotando, el delantal ondeando y la sopa derramándose por el suelo.

— ¿A que es maravillosa? —suspiró Didi—. Pero me va a llevar a la bancarrota.

—Le prometiste no volver a traficar con información —dijo Qui-Gon.

—Bueno, sí, eso creo. Pero ¿qué puedo hacer si alguien me susurra algo de

vez en cuando a cambio de unos créditos o un almuerzo?

—Quizá lo mejor sea que Didi desaparezca un tiempo —sugirió Obi-Wan—. Que se vaya a un planeta en el que no le encuentre la cazarrecompensas.

— ¡Qué buena idea! —dijo Didi alegremente—. ¡Escapar es mi estilo! —entonces frunció el ceño—. Pero no me gusta la idea de abandonar a Astri.

—Por supuesto —asintió Qui-Gon.

—Se gastará todo mi dinero —dijo Didi.

Qui-Gon suspiró.

—No creo que sea buena idea que huyas, Didi. La cazarrecompensas es, sin duda alguna, una rastreadora experta. Y lo mejor es que nos enfrentemos al problema aquí y ahora. Obi-Wan y yo llevaremos a cabo una investigación.

— ¡Pero si tenemos que volver al Templo! —protestó Obi-Wan—. Tahl dijo que Yoda nos estaba esperando.

—Aún nos quedan unas cuantas horas —dijo Qui-Gon—. Llamaré a Yoda por el camino y le diré que nos retrasaremos un poco. Lo entenderá. Es muy...

—...amigo de Didi —terminó Obi-Wan.

A Qui-Gon le brillaron los ojos al sonreír.

—Además, así podrás ver el lado más sórdido de Coruscant.

—Justo lo que siempre he querido —masculló Obi-Wan.

— ¡Y cuando volváis, os invitaré a una deliciosa cena! —exclamó Didi.

Obi-Wan parecía indeciso.

—Mientras no la cocines tú —dijo.

Capítulo 5

Tras obtener una minuciosa descripción de Fligh, el informador de Didi, Qui-Gon y Obi-Wan volvieron al Senado.

—Preguntad por ahí —les había dicho Didi—. Todo el mundo conoce a Fligh.

Se abrieron paso por la entrada principal del Senado circular. La gran cantidad de seres que lo abarrotaban contrastaba con la tranquilidad del entorno, creando una sensación de caos controlado. Obi-Wan sufrió los empujones y las sacudidas de los funcionarios y los trabajadores de varias razas. Las cámaras flotantes zumbaban sobre sus cabezas, dirigiéndose al enorme anfiteatro interior para grabar las sesiones. Los guardias vestidos de uniforme azul marino marchaban de un lado a otro con aplomo.

Había pequeñas cafeterías en los huecos de la fachada exterior, algunas más llenas que otras. Qui-Gon se detuvo a preguntar en varias, y luego ambos siguieron avanzando.

—Didi tiene razón —dijo a Obi-Wan—. Todo el mundo conoce a Fligh. Lo que pasa es que no saben dónde está.

Acabaron encontrándole en una de las pequeñas cafeterías. Estaba desierta. Ya había pasado la hora del almuerzo y había comenzado la sesión del Senado.

Fligh estaba sentado en una mesa pequeña, agarrado a un vaso de zumo de muja. Era una criatura larguirucha, de rostro alargado, orejas de soplillo y un ojo verde artificial.

Qui-Gon y Obi-Wan se sentaron en la misma mesa.

—Nos envía Didi —dijo Qui-Gon.

Fligh parecía sorprendido. Se chupó los labios.

—No sabía que los Jedi traficaran con información. ¿Compráis, vendéis o intercambiáis?

—No hemos venido a hacer un trato —dijo Qui-Gon—. Necesitamos que nos digas cómo averiguaste las dos piezas de información que le vendiste a Didi hace poco.

Fligh envolvió el vaso con sus largos y huesudos dedos y les miró con expresión astuta.

— ¿Y por qué os lo iba a decir? ¿Qué gano yo a cambio?

—Estarías ayudando a Didi —dijo Qui-Gon—. Está en peligro. Y si decidieras no ayudarle, yo no estaría contento —Qui-Gon miró fijamente a los ojos de Fligh.

El informador se atragantó con el zumo de muja y se echó a reír nervioso.

— ¡Eres amigo de Didi! ¡Yo soy amigo de Didi! ¡Todos somos amigos! ¡Claro que sí! Por supuesto que quiero que estés contento. Te diré todo lo que quieras saber. ¿Puedo añadir que soy muy servicial y discreto? Y generoso. ¿Os apetecen unos zumos de muja? Por desgracia, actualmente no tengo créditos, pero podría

pedirlos por vosotros.

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Sólo cuéntenos lo que queremos saber, Fligh. ¿Cómo supiste lo de los Tecnoaqueadores?

Fligh se encogió de hombros.

—Es fácil. Si presta atención, se pueden oír cosas. Eso es todo.

— ¿Así que simplemente lo oíste por ahí? —preguntó Qui-Gon.

—Ya veo que eres meticuloso con los detalles —dijo Fligh, apoyándose en el respaldo y soltando una risita—. Vale, vale. Se lo oí decir a su representante en Coruscant. Helb es el que comercia con el equipo técnico robado. Se le puede encontrar en la Taberna Esplendor, él lleva los tratos. Solía estar en el Café de Didi, pero la encantadora Astri se ocupó de él. Una pena... Didi siempre me invitaba a zumos —Fligh suspiró.

— ¿Y la información sobre la senadora S'orn? —preguntó Qui-Gon.

—Tengo que proteger mis fuentes, ¿sabes? —exclamó Fligh.

Qui-Gon le miró con dureza. No tenía que hacer nada más. El cobarde de Fligh reculó inmediatamente.

—Vale, vale. Ya veo que vais a hacerme hablar. Llegó a mi poder un informe confidencial redactado por S'orn en persona en el que anunciaba su dimisión. No se hará público hasta la semana que viene. Evidentemente, no podía desperdiciar semejante hallazgo.

— ¿Y cómo conseguiste ese informe? —preguntó Qui-Gon.

— ¿Cómo se entera uno de las cosas? Las cosas pasan. Una lámina reciclable se cae a la papelera, alguien la recoge, la pasa por ahí... —Fligh se encogió de hombros—. Es la forma que tiene uno de trabajar. Un poquito aquí, otro poco allá. Un favor por aquí, un intercambio por allá, y ya está —se volvió hacia Obi-Wan—. ¿Te gusta mi ojo?

La repentina pregunta cogió por sorpresa a Obi-Wan.

— ¿Cuál? —preguntó educadamente.

— ¡El verde, cuál va a ser! —dijo Fligh señalándoselo—. Perdí el mío en un pequeño altercado con unos hutts. ¿A que es una preciosidad?

—Es muy bonito —dijo Obi-Wan.

—No está mal —dijo Qui-Gon cuando Fligh se volvió para mirarle.

— ¿Lo veis? Ahí está. Un intercambio. Un poco de información por aquí, otro poco por allá y consigo un ojo. ¿Cómo, si no, iba uno a sobrevivir en Coruscant?

—Por ejemplo, consiguiendo un empleo —señaló Qui-Gon.

—Podría, si fuera diferente —admitió Fligh—, pero no lo es —volvió a encogerse de hombros—. Yo lo hago lo mejor que puedo. Llevo solo desde que

era pequeño y aprendí a sobrevivir. Didi es mi amigo. Ha hecho mucho por mí. También le tengo mucho cariño a Astri. Lamento que tenga problemas. Intentaré ayudar, Jedi. Lo prometo.

—Creo que es mejor que te mantengas al margen —dijo Qui-Gon con amabilidad. El tono de Fligh sonaba sincero—. No sabemos en lo que nos estamos metiendo.

—Entonces llamadme cuando me necesitéis. Haré lo que esté en mi mano, que, como podréis adivinar, no es mucho —Fligh soltó una risilla—. Pero ahí está.

Qui-Gon se levantó.

—Quizá tengamos que volver a preguntarte más cosas.

—Siempre estoy aquí —dijo Fligh. Luego señaló la cafetería desierta y el zumo de muja—. ¿Dónde, si no, encontraría tanta diversión?

Dado que se encontraban en el edificio del Senado, Qui-Gon decidió que la siguiente parada tenía que ser el despacho de la senadora Uta S'orn.

La antecámara estaba vacía, por lo que Qui-Gon llamó a la puerta interior.

— ¿Telissa? —la puerta se abrió de repente. Apareció una belascana con las manos en las caderas y con el tradicional tocado de joyas belascano. Tenía una expresión irritada—. Ay, perdón. Creía que era mi ayudante —les miró de arriba a abajo con los brillantes ojos y su gesto cambió—. Ah, Jedi. Disculpen mi brusquedad.

— ¿Podríamos tener una conversación con usted? —preguntó Qui-Gon.

—Estoy muy ocupada..., pero de acuerdo. Pasen —la senadora S'orn se dio la vuelta y entró en su despacho. Les indicó que tomaran asiento en dos sillones frente a su escritorio.

Qui-Gon se sentó y comenzó a hablar.

—Va a dimitir la semana que viene, senadora S'orn.

Ella se quedó boquiabierta.

—Pero ¿cómo lo saben?

—El rumor está en la calle —dijo Qui-Gon—. Ya está a la venta. No sé si ya ha sido comprado, pero seguro que alguien lo hará pronto. Eso no podemos impedirlo.

La senadora S'orn se llevó las manos a la cabeza.

—Mi datapad. Me lo robaron en la comisaría del Senado. Tenía el anuncio de mi dimisión.

Obi-Wan miró a Qui-Gon. Era obvio que Fligh les había mentado al contarles cómo había obtenido la información.

Ella alzó la cabeza.

—Qué desastre. Voy a realizar una propuesta de ley dentro de dos días. Si esto se sabe antes de tiempo, no tendré ningún apoyo.

— ¿Vio a alguien que pudiera habérselo robado? —preguntó Qui-Gon.

Ella negó con la cabeza.

—La gente que está siempre en el Senado —entrelazó los dedos y agachó la cabeza pensativa. Luego alzó la mirada y colocó las manos sobre la mesa—. Decidido. Anunciaré mi dimisión de inmediato. Después atraeré a mis seguidores diciéndoles que tienen que ayudarme con mi legado. Así me aprovecharé de sus simpatías —tamborileó con los dedos en la mesa mientras calculaba su estrategia. Su mente parecía estar en otra parte. Comentó ausente—: Gracias por contármelo.

Qui-Gon se levantó.

—Gracias por su tiempo.

Ella no se despidió ni les prestó más atención. Su mente estaba centrada en la resolución de su problema. Obi-Wan siguió a Qui-Gon hasta la puerta.

— ¿Por qué no le has preguntado por Didi? —preguntó a Qui-Gon.

—Porque no me habría llevado a ninguna parte. Aunque hubiera puesto precio a la cabeza de Didi, jamás lo admitiría —dijo Qui-Gon—. Y no sé cómo habría podido seguir el rastro de su datapad hasta Didi. ¿Tú sí?

—Sólo en caso de que haya mentido —dijo Obi-Wan al cabo de un segundo—. Si vio a Fligh robándolo, sería fácil seguirlo hasta Didi. ¿Pero por qué iba a ir a por Didi en lugar de ir a por Fligh?

Obi-Wan lo pensó un poco más. Se sintió en desventaja. Qui-Gon parecía tener un conocimiento de los corazones y las mentes de las personas que Obi-Wan no poseía.

—Aun así, la preocupación de la senadora S'orn me ha parecido sincera —dijo lentamente—. No ha sido muy educada, ni siquiera amable, pero no es mala. Es sólo que está muy ocupada.

—La típica senadora —dijo Qui-Gon con una media sonrisa.

—Pareció sorprenderle que la información se supiera —dijo Obi-Wan.

—Sí, así es —murmuró Qui-Gon—. A menos que sea muy buena actriz. Pero la verdad es que parecía realmente afectada.

— ¿Por qué nos contó Fligh que un ayudante había cogido el informe de dimisión de la basura? —dijo Obi-Wan—. Es obvio que mentía.

—No dijo eso exactamente, padawan —dijo Qui-Gon—. Sólo comentó que ésa era una posible forma de obtener esa información. No, Fligh robó el datapad, pero jamás lo admitiría ante nosotros.

—Esto es como un callejón sin salida —dijo Obi-Wan para concluir—. La senadora S'orn no tiene pinta de asesina.

Había entusiasmo en la mirada de Qui-Gon.

—Dime, padawan. ¿Qué pinta tiene un asesino?

Capítulo 6

Las anchas puertas de la salida sur del Senado estaban abarrotadas de seres que entraban y salían del edificio. Todos iban con prisa a alguna parte, algunos hablaban por sus intercomunicadores y otros tenían una expresión apresurada y preocupada.

—Ahora tenemos que encontrar la Taberna Esplendor —dijo Obi-Wan.

—Sé dónde está —respondió Qui-Gon, girando a la izquierda e internándose en un estrecho callejón.

Obi-Wan apretó el paso.

— ¿Cómo lo sabes? —le preguntó con curiosidad.

—Porque he estado alguna vez —respondió Qui-Gon—. Es donde se hacen los contactos del mercado negro. Si necesitas armas o deslizadores modificados ilegalmente, o si quieres apostar, vas al Esplendor. A veces, en algunas misiones, necesitas ayuda de las peores fuentes, no sólo de las mejores.

Qui-Gon le llevó a una zona que él no había visto antes, en un nivel inferior muy cercano a la superficie del planeta. Si a Obi-Wan le hubieran pedido una descripción de Coruscant, él habría hablado de un mundo resplandeciente, plateado y blanco, con amplias pasarelas y avenidas espaciales en las que relucían las ágiles naves. Apenas conocía el otro Coruscant, el que se ocultaba debajo de los niveles del Senado y de las preciosas casas de los niveles superiores. Ese Coruscant estaba compuesto de callejones estrechos y callejuelas atestadas de sombras oscuras y criaturas furtivas que se ocultaban al ver a los Jedi. En los portales y en los puestos de comida había gente apostando en juegos de azar. Las armas se colocaban en las mesas como advertencia para los tramposos.

Qui-Gon se detuvo frente a un edificio de metal con el techo a medio derruir. Un viejo letrero colgado de la fachada se iluminaba de vez en cuando con un chirrido, y se reflejaba en el metal de la pared. Tenía bastantes letras fundidas, así que decía: "ES DOR".

Las ventanas estaban cerradas y apenas llegaba un hilo de luz desde el interior.

—Ya hemos llegado —dijo Qui-Gon.

— ¿Es aquí? —Obi-Wan contempló el edificio indeciso—. La verdad es que no hace honor a su nombre.

—No te preocupes. Es peor de lo que parece.

Qui-Gon empujó la puerta. Inmediatamente, un estruendo les llegó desde el interior. La música procedía de una radio situada en un rincón. Gran cantidad de clientes bebía, comía y jugaba en las mesas. Una ruleta giraba en la barra y un montón de clientes se apiñaban alrededor con las manos llenas de créditos, apostando por el resultado. Cuando se detuvo, uno de ellos aulló triunfante mientras otros dos se enzarzaban en una pelea. Un cuarto individuo se alejó con el rostro crispado por la desesperación.

Qui-Gon se abrió paso hasta el camarero imbatiano, que casi daba con la cabeza en el techo, y cuyas largas orejas le colgaban hasta los hombros. Ante la mirada de los Jedi, el imbatiano alargó una de sus enormes manazas y golpeó accidentalmente a un cliente que estaba intentando llamar su atención moviendo los brazos. El cliente se cayó de la silla y se dio contra el suelo con una expresión atónita en el rostro. Otro cliente pasó por encima de él y le quitó el sitio en la barra.

Obi-Wan se dio cuenta sobresaltado de que la cafetería de Didi no albergaba lo peor de la galaxia, como él pensaba. No sabía quién era el dueño del Esplendor, pero, fuera quien fuese, era obvio que no le importaban nada quiénes fueran sus clientes.

Qui-Gon se abrió un hueco al final de la barra. No le hizo ninguna señal al camarero, pero el imbatiano se acercó a él, agachó la gigantesca cabeza y escuchó al Maestro Jedi con atención.

Después, con un leve movimiento de los ojos, señaló a un oscuro rincón.

Qui-Gon se lo indicó a Obi-Wan, y ambos se dirigieron hacia allí.

Helb era un neimoidiano. En vez de estar tomando una de las grandes jarras de cerveza que consumían la mayoría de los clientes, sostenía una pequeña taza de té casi oculta en sus grandes manos de uñas afiladas. A pesar de que los neimoidianos solían llevar las mejores galas que pudieran permitirse, Helb vestía un sencillo unimono gris con dos pistolas láser en las caderas. Estaba apoyado contra la pared y contemplaba a la multitud con sus astutos ojos de color naranja.

Qui-Gon se sentó en la mesa frente a él. Obi-Wan hizo lo mismo.

Helb les contempló con admiración. —Qué sorpresa ver Jedi en un sitio como éste.

—Sólo hemos venido a buscar información —dijo Qui-Gon.

—Ésa es probablemente la única cosa que no tengo a la venta —dijo Helb.

—No pasa nada, yo tampoco la iba a comprar —dijo Qui-Gon.

El Maestro Jedi se quedó en silencio, esperando. Obi-Wan no pudo dejar de maravillarse una vez más con la cantidad de cosas que Qui-Gon podía comunicar con sus silencios.

Helb dejó escapar un silbido que parecía ser la risa neimoidiana. —Tenéis suerte. Hoy estoy de buen humor. Acabo de ganar una partida de sabacc. Si no fuera por eso, estaríais hablando con la pared.

Qui-Gon no mordió el anzuelo.

—Alguien ha puesto precio a la cabeza de Didi Oddo. Y él se pregunta si los Tecnoaqueadores están disgustados con él por algo.

Helb volvió a reírse.

—Yo sí que estoy disgustado con él. Me ganó una partida de sabacc el otro día. Por eso estoy tan contento de haber ganado hoy.

Qui-Gon asintió. Helb dio un sorbo al té.

—Lo que tampoco significa que quiera matarlo —prosiguió Helb—. Si yo tuviera que ir a por alguien, sería a por su amigo.

— ¿Por qué? —preguntó Qui-Gon.

—Porque debe una interesante suma de dinero a los Tecnoasqueadores —respondió Helb—. No estamos hablando de las ganancias de una mera partida de sabacc, sino de un montón de favores que le hemos hecho y que no nos ha compensado. ¿Por qué iba yo a ir a por Didi?

—Porque sabes que si acabas con Fligh jamás recuperarás tu dinero —dijo Qui-Gon.

Helb rió.

— ¡Pero si no lo voy a recuperar de todas maneras!

—Fligh sabe que vuestro grupo se ha trasladado a Vandor-3 —dijo Qui-Gon—. Si le matas, la información no saldrá a la luz.

Helb negó con la cabeza, sonriendo.

—Se lo dije a Fligh porque quería que se supiera. Sabía que no se lo vendería a la policía. Sólo a aquellos que necesiten piezas o deslizadores robados baratos. ¿De qué otra forma puedo conseguir clientes? Y hablando de todo un poco, si el Templo necesita algo...

—No, gracias —dijo Qui-Gon, levantándose.

—No te preocupes por Didi —dijo Helb—. Ése siempre cae de pie. Y si ves a Fligh, dile que estoy buscándolo. ¡Eso debería asustarle! —siseando divertido, Helb volvió a concentrarse en su té.

Qui-Gon se dirigió a la puerta. Obi-Wan comenzó a seguirle, pero notó que alguien le miraba. Un anciano arrugado envuelto en una andrajosa capa estaba sentado en una de las mesas, moviendo las piezas de un tablero con sus sucios dedos. Sus ojos se posaron de nuevo en el tablero, mientras Obi-Wan lo contemplaba. El viejo le sonaba de algo, pero no sabía de qué.

Alcanzó a Qui-Gon en la puerta, pero algo le hizo girarse. El anciano avanzaba hacia la parte trasera del garito. Al principio caminaba trabajosamente entre la gente, pero, de repente, aceleró el paso al cruzar por delante de los que estaban en la barra. Era complicado no perderlo de vista entre el gentío, pero Obi-Wan se concentró, buscando el movimiento.

Vio una capa caer al suelo. Y luego otra. Nadie se dio cuenta.

Las ventanas de la parte trasera estaban cerradas. Una de ellas estaba más rota que la otra, y el cristal tenía una grieta que dejaba pasar una ligera corriente.

El anciano tambaleante había desaparecido. Una mujer alta vestida con una túnica oscura se separó de la multitud y se dirigió hacia la parte trasera.

—Es ella —jadeó Obi-Wan. Miró a Qui-Gon—. Está aquí.

Qui-Gon se giró. Ambos vieron cómo la mujer vestida de negro se elevaba para deslizarse por la estrecha apertura de la ventana. Su cuerpo pareció comprimirse.

Qui-Gon salió de un salto por la puerta principal con Obi-Wan pisándole los talones. Bajaron corriendo por un estrecho callejón repleto de cubos de basura de duracero, sobre los que tuvieron que saltar y correr.

La basura se aplastaba bajo sus botas, impidiéndoles avanzar rápidamente. Intentaron no hundirse y corrieron sobre las tapas de los cubos hacia la parte de atrás del callejón. Cuando llegaron al final, saltaron al suelo.

Ella desapareció, doblando una esquina a lo lejos.

Qui-Gon apretó el paso y Obi-Wan aceleró para alcanzarle. Su Maestro era un corredor excelente y dio la vuelta a la esquina antes de que él llegara.

Obi-Wan se esforzó al límite, corriendo tras Qui-Gon. La pregunta, si llegaban a alcanzar a la cazarrecompensas, era ¿qué iban a hacer con ella? El último interrogatorio no había sido demasiado productivo.

Al girar la esquina, vio que Qui-Gon se había rendido. El callejón se ensanchaba formando una placita de la que partían otras seis calles.

—Se ha ido —dijo Qui-Gon.

—Si es que era ella —dijo Obi-Wan—. Ahora no sé qué pensar. Vi a un viejo y de repente se convirtió en una mujer joven.

—Tus ojos no te engañaron, Obi-Wan —dijo Qui-Gon—. Sólo un sorrusiano hubiera sido capaz de colarse por esa grieta. La pregunta es ¿qué estaba haciendo allí? ¿Ha sido una coincidencia o nos está siguiendo?

Capítulo 7

— ¿Qué hacéis aquí? —preguntó Astri mientras Qui-Gon y Obi-Wan entraban en la cafetería de Didi. Se limpió las manos manchadas de harina con un trapo—. Perdonadme, ha sonado un poco mal. Sabes que siempre eres bienvenido, Qui-Gon, pero es que ahora es un mal momento.

—No te preocupes, Astri, no hemos venido a comer —le dijo Qui-Gon.

—Jenna Zan Arbor llegará con su grupo en cualquier momento —dijo Astri distraída—. Uno de los camareros no se ha presentado todavía. No he terminado los pasteles de banja, el agua de los fideos pashi no quiere hervir y la salsa me ha salido demasiado picante.

—Pues huele de maravilla —dijo Obi-Wan amablemente.

—Gracias. ¡Ojalá les pudiera servir los olores! ¿Qué aspecto tiene el sitio? Se suponía que Fligh iba a venir a barrer, pero no ha aparecido, esa comadreja. Después de todo lo que Didi ha hecho por él.

—Nunca ha estado mejor —le garantizó Qui-Gon.

Astri había colocado velas decoradas en las dos largas mesas que había juntado para la cena, intentando iluminar la cafetería. Había puesto manteles grandes de color rosa, y la vajilla y las copas estaban relucientes. Pero no había podido ocultar el aspecto general desastroso del sitio. Las paredes estaban roñosas por los años de humo y suciedad acumulados, y el suelo estaba salpicado de las marcas de miles de botas y peleas.

—No me dio tiempo a pintar dentro —dijo Astri al ver la mirada de Obi-Wan—. Y tampoco a derribar el local y reconstruirlo —dijo con una mueca cómica.

—Seguro que todo sale bien —dijo Qui-Gon—. Sólo hemos venido a hablar con Didi un momento. ¿Está aquí?

—Está en la parte de atrás. Le dije que se quitara de mi vista —Astri sonrió—. Creo que lo he asustado. De hecho, me ha hecho caso —de repente, ladeó la cabeza y miró por la ventana—. ¡Estrellas y planetas, son ellos! —Astri soltó un aullido sorprendentemente agudo—. ¡Renzii! ¡Han llegado los clientes! ¡Renzii!

Seguía gritando cuando la puerta se abrió.

Una mujer alta que llevaba un vestido gris de brilloseda bajo una túnica de color morado oscuro se quedó indecisa en la entrada. Su reluciente cabellera rubia estaba anudada con unos lazos de seda.

— ¿Es éste el Café de Didi?

Astri se apresuró a limpiarse las manos en el mugriento delantal y le tendió una a la mujer. Se había frotado con una mancha de mora que tenía en la prenda, así que la mano se le había quedado azul. La mujer la miró y no se la aceptó. Astri escondió rápidamente la mano en la espalda.

—Sí, sí, pasen. Sean bienvenidos. Soy Astri Oddo, la propietaria y la jefe de cocina.

Qui-Gon y Obi-Wan se hicieron a un lado. El grupo con el que había venido la mujer entró tras ella. Miraron la cafetería con expresiones de sorpresa. Era evidente que pensaban que iban a comer en un sitio más elegante. Procedían de varios planetas, pero todos tenían un aspecto próspero. Los hombres llevaban chaquetas y túnicas de calidad, y las mujeres iban ataviadas con conjuntos de brillloseda. Una mujer de aspecto aristocrático llevaba un turbante con piedras preciosas. Sus ojos azul claro expresaron su sorpresa al contemplar el lugar, y se apresuró a recogerse la túnica.

—Debe de haber un error —dijo Jenna Zan Arbor.

En ese momento, Renzii salió corriendo de la cocina y se detuvo abruptamente frente al grupo, abotonándose la túnica.

—Bienvenidos, pasen, por aquí, por favor —balbuceó.

—Creo que será mejor que dejemos a Astri con sus invitados —murmuró Qui-Gon a Obi-Wan—. Ahora no está para otra cosa.

Se dirigieron hacia el despacho de Didi y empujaron la puerta. Didi estaba sentado en una silla de espaldas a la entrada. No se giró.

— ¿Didi? ¿Estás bien? —preguntó Qui-Gon.

Lentamente, la silla giró hasta ponerse frente a ellos. Los oscuros ojos de Didi estaban llenos de lágrimas.

—Me temo que es culpa mía —dijo.

— ¿Qué es culpa tuya, Didi? —preguntó Qui-Gon con suavidad.

—Fligh —dijo—. Lo han matado.

Capítulo 8

Obi-Wan se había enfrentado antes a la muerte, pero nunca se acostumbraba. El espacio que podía ocupar un alma, la energía de una mirada y, de repente..., nada.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Qui-Gon.

—No lo sé —dijo Didi, secándose la cara con una servilleta—. La policía de Coruscant ha contactado conmigo. Saben que Fligh era mi amigo. Lo encontraron en uno de los callejones del Senado. Está tirado como si fuera un animal en la Avenida de Todos los Mundos —el sudor resbalaba por el rostro de Didi—. ¿Creéis que esto tiene algo que ver conmigo? —preguntó. Su expresión denotaba el miedo que le daba oír la respuesta.

—Me temo que sí —dijo Qui-Gon sombrío—. Tenemos que hablar con la policía. Vamos, Didi.

— ¿Yo? —gimoteó Didi—. ¿Por qué tengo que ir yo?

—Porque creo que no debes separarte de nosotros de momento —dijo Qui-Gon—. Aquí no estás seguro.

— ¡Claro que sí! —protestó Didi—. Astri va a cerrar la puerta principal para que no entre más gente. Y esta cena de gala durará horas. Nadie intentará atacarme con toda esta gente tan distinguida aquí. Además —añadió en voz baja—, estoy demasiado asustado y triste para ir a ningún sitio. No podría ver el cadáver de mi amigo. Lo siento.

Qui-Gon miró a su padawan. Obi-Wan esperaba que su Maestro no le hiciera quedarse con Didi mientras él iba a investigar la muerte de Fligh. No quería quedarse a cuidar de Didi habiendo trabajo que hacer.

—De acuerdo —dijo Qui-Gon reacio—. No tardaremos. Asegúrate de cerrar bien puertas y ventanas, Didi. Esa cazarrecompensas puede colarse por cualquier parte.

Didi asintió vigorosamente. —Ya lo he hecho, pero volveré a comprobarlo.

—Volveremos pronto —dijo Qui-Gon—. Llamaremos a la puerta de atrás. No quiero estropear la gran velada de Astri.

—Qué considerado por tu parte, Qui-Gon —dijo Didi—. Nadie quiere aguarle la fiesta a Astri. Esperaré aquí. ¿Podéis... podéis ocuparos de Fligh? —a Didi se le llenaron los ojos de lágrimas—. Decidle a la policía que yo pagaré el funeral. Lo pagaré todo.

Qui-Gon le puso una mano en el hombro.

—No es culpa tuya, amigo mío.

—Oigo lo que dices —susurró Didi—, pero no lo comparto.

Qui-Gon comprobó las puertas y ventanas desde el exterior antes de partir.

Pensaba que a Astri se le olvidaría que tenía que cerrar la puerta. Pero todo estaba sólidamente cerrado.

Estaba muy oscuro cuando Qui-Gon y Obi-Wan llegaron a la Avenida de Todos los Mundos. No había luna, y el brillo de las farolas proyectaba sombras irregulares.

Los policías de Coruscant, con sus uniformes azul oscuro, rodeaban el cadáver de Fligh, que estaba cubierto por una lona.

— ¿Puedo mirar? —preguntó Qui-Gon al oficial al cargo. En su placa se leía: "Capitán Yur T'aug". Era un fornido bothan de larga barba y melena oscura y reluciente que le caía por los hombros.

El capitán frunció el ceño, pero todos los oficiales de las fuerzas de seguridad sabían que las peticiones de los Jedi debían ser admitidas.

—De acuerdo —dijo el capitán Yur T'aug—, pero no es agradable de ver.

—Quédate aquí, padawan —dijo Qui-Gon a Obi-Wan, que obedeció de buena gana. No quería ver el cadáver de Fligh. Quería recordarlo vivo.

Contempló a Qui-Gon, que, de espaldas a él, se agachaba para levantar una esquina de la lona. Aunque su Maestro no se estremeció ni se inmutó, Obi-Wan supo que aquella visión le había afligido. Hubo algo en la quietud que su Maestro mantuvo durante unos segundos y en la forma en la que volvió a depositar la lona con sumo cuidado.

Obi-Wan se dio la vuelta con un escalofrío. Alrededor del cadáver, los policías realizaban los procedimientos habituales: etiquetar cosas, inspeccionar la zona con linternas, introducir información en sus datapad y hablar entre ellos. La identidad de aquel cadáver tumbado en el frío suelo era irrelevante. Fligh había dejado de existir. Lo único que importaba ahora era cómo había muerto.

Obi-Wan contempló el firmamento. Las estrellas brillaban tan intensamente que parecían diamantes. Algunas veces, Obi-Wan sentía que ya había visto demasiada muerte y crueldad. ¿Cómo se sentiría Qui-Gon, que había visto mucha más que él? Enfrentarse a ese tipo de cosas estaba dentro de las labores de los Jedi. Ayudar. Ayudar era fácil comparado con aquello.

¿Me acostumbraré a la muerte alguna vez?, se preguntó Obi-Wan.

Obi-Wan vio un resplandor entre las sombras y se acercó. Era una piedra verde brillante. Se agachó para observarla y se dio cuenta de que era el ojo artificial de Fligh. Se le debía de haber caído. Se lo señaló a Qui-Gon, que asintió.

Qui-Gon se lo mostró al capitán Yur T'aug.

—Pertenece a la víctima —dijo.

El capitán se agachó para examinarlo.

— ¡Sargento! —exclamó—. Etiquete este objeto.

Otro oficial se acercó con una bolsa de muestras y recogió cuidadosamente el ojo con unas pinzas.

— ¿Cuál ha sido la causa de la muerte? —preguntó Qui-Gon en voz baja.

—Barajamos la hipótesis del estrangulamiento —dijo rápidamente el capitán Yur T'aug.

—He visto las marcas —dijo Qui-Gon—. Parecen de algún tipo de cuerda, no de manos.

El capitán asintió.

— ¿Y esa inusual... palidez? —preguntó Qui-Gon.

—El cuerpo fue desangrado —dijo el capitán Yur T'aug—. Lo mataron en otra parte y después lo trajeron hasta aquí.

Obi-Wan volvió a mirar la lona y se estremeció de nuevo.

Qui-Gon habló con calma.

— ¿Algún sospechoso?

El capitán suspiró, tamborileando impaciente con los dedos en su intercomunicador.

—Debería estar investigando, no informándoles a ustedes. Lean el informe cuando lo acabe.

Qui-Gon no mostró su impaciencia, pero Obi-Wan pudo percibirla.

—No tengo tiempo de leer su informe —dijo con un tono tan cortante como el hielo.

El capitán Yur T'aug dudó un momento y habló.

—Todavía no tenemos sospechosos. Nadie vio nada. Pero sabemos quién es este Fligh. Es un informador muy conocido y un ladrón de poca monta. Seguro que tenía cientos de enemigos. Por no mencionar que le debe dinero a toda la ciudad. He oído que tiene una deuda cuantiosa con los Tecnosaqueadores.

Qui-Gon contempló al oficial un instante.

—Hay algo más —dijo.

—No es el primer cadáver desangrado que nos encontramos —dijo indeciso el capitán Yur T'aug—. Descarriados, vagabundos... gente a la que nadie echaría de menos. En el último año hemos hallado media docena. Y quizás haya más que no hemos encontrado. ¿Quién sabe? Coruscant puede ser un lugar muy duro. Mucha gente viene aquí a ganarse la vida como puede.

—En ese caso, no creo que el asesino de Fligh fuera uno de sus acreedores —dijo Qui-Gon.

El capitán Yur T'aug se encogió de hombros.

—O puede que el asesino haya plagiado el método para despistarnos. Nuestro trabajo consiste en averiguarlo.

—Quizá quieran comprobar los datos de cierta cazarrecompensas —dijo Qui-

Gon—. Es una sorrusiana que podría tener razones para asesinar a Fligh. Se aloja en el Hostal Aterrizajes Suaves.

—Claro —dijo el capitán Yur T'aug—. Gracias por la información —su falta de interés era evidente.

—Buena suerte —dijo Qui-Gon—. Ha de saber que Didi Oddo correrá con los gastos del funeral. Fligh no carecía de amigos. Hay gente que le echará de menos.

Qui-Gon se dirigió hacia Obi-Wan, y ambos dejaron atrás a los policías mientras se adentraban en la avenida principal que rodeaba al Senado.

— ¿Estás bien, padawan? —le preguntó Qui-Gon.

—Fligh no era amigo mío —dijo Obi-Wan—. Apenas pasé unos minutos con él. Había algo agradable en él, aunque no puedo decir que me cayera bien. Y casi me siento tan mal como Didi.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Qui-Gon.

Caminaron un rato en silencio.

— ¿Llegas a acostumbrarte a la muerte? —preguntó Obi-Wan.

—No —dijo Qui-Gon—. Y así es como debe ser.

— ¿Por qué crees que mataron a Fligh? —preguntó Obi-Wan—. ¿Crees que, como Didi, sabía algo importante y no se daba cuenta?

—Puede —dijo Qui-Gon—. Y recuerda que Fligh nos dijo que intentaría ayudar a Didi. Me pregunto si llegó a intentarlo siquiera. Seguro que no le hubiera sido difícil averiguar el paradero de la cazarrecompensas.

— ¿Crees que pasó eso? —preguntó Obi-Wan.

—Vamos a pasar por el hostel de vuelta a la cafetería —sugirió Qui-Gon—. Tenemos que tener otra charla con la cazarrecompensas.

Caminaron deprisa por las calles hasta que llegaron al Hostal Aterrizajes Suaves. Esta vez la puerta estaba ligeramente abierta, así que pudieron entrar sin llamar a la encargada. Subieron rápidamente las escaleras hasta el tercer piso. Qui-Gon llamó a la puerta y ésta se abrió. La habitación estaba vacía.

—Se ha ido —la togoriana estaba detrás de ellos con un cubo y una vibrofregona en las manos—. Ya no se aloja aquí. Tengo que limpiar. Largo de aquí.

Bajaron por las escaleras.

—Esto no me gusta —murmuró Qui-Gon—. Volvamos a la cafetería.

Apretaron el paso y echaron a correr. La cafetería no estaba muy lejos.

Doblaron la esquina. Frente a ellos estaba el café. No había luz en el interior y la puerta estaba completamente cerrada.

—Hemos llegado tarde —dijo Qui-Gon.

Capítulo 9

Desenfundaron los sables láser y entraron en la cafetería. Comprobaron a simple vista que estaba desierta. Los platos a medio terminar estaban en las mesas. Qui-Gon se apresuró a entrar en la cocina. Había cacharros tirados por el suelo y con el contenido vertido, las bolsas de harina y cereales estaban derramadas por la encimera y la puerta de la cámara frigorífica estaba abierta.

Corrieron al despacho de Didi. Los papeles y los archivos estaban tirados por el suelo, y los cubos de duracero habían sido derribados y pateados. Todo lo que había estado en las estanterías yacía ahora en el suelo.

—Subamos —dijo Qui-Gon.

El Maestro Jedi subió al piso superior con Obi-Wan detrás. Entraron en el dormitorio de Didi.

En los momentos de peligro, los sentidos de Qui-Gon ralentizaban el tiempo. Percibió todo lo que había en la habitación en lo que parecieron ser segundos, pero no fue más que un pestañeo. Astri estaba en el suelo, inconsciente o muerta; Didi, de pie y envuelto en el látigo de la cazarrecompensas con una mirada aterrorizada y una herida en la frente; y la cazarrecompensas se daba la vuelta y se detenía un instante al verles. Su mirada carente de expresión no demostró ni sorpresa ni miedo.

El tiempo reanudó su marcha. Qui-Gon se anticipó al movimiento de la cazarrecompensas, que se llevó la mano a la cintura en busca de la pistola láser. El Jedi se abalanzó para contraatacar, pero no supo adivinar que ella iba a apuntar a Astri y no a él. Sus reflejos Jedi eran tan rápidos que pudo dar la vuelta, lanzando un barrido circular con el sable láser. Perdió ligeramente el equilibrio, pero consiguió rechazar el disparo.

Astri se estremeció. Qui-Gon sintió una oleada de alivio. Seguía viva.

Un ataque perfecto que mezclaba el engaño con la velocidad y la estrategia. Qui-Gon fintó a la izquierda y se abalanzó hacia la cazarrecompensas. Ella no respondió a la estocada, sino que disparó y dio un gran salto hacia la izquierda para esquivarle. Su sable láser atravesó el espacio que ella ocupaba un instante antes.

Era incluso mejor luchadora de lo que él pensaba.

Obi-Wan se echó hacia delante para cubrir a Astri y para que Qui-Gon pudiera así concentrarse en el combate. La cazarrecompensas activó el látigo y tiró de él. El arma giró alrededor de Didi en un círculo abrumador y lo arrojó contra la pared. Didi se golpeó con un ruido sordo y cayó al suelo aturdido.

El látigo se puso en modo láser. Con un movimiento cortante, la cazarrecompensas destrozó la ventana de transpariacero. Qui-Gon saltó hacia delante, manteniéndose entre su oponente y Astri. Didi comenzó a arrastrarse hacia su hija y se colocó bajo Qui-Gon, que saltó para esquivarlo, concentrando toda su atención en protegerlo.

La cazarrecompensas saltó por la ventana. En el exterior había un pequeño recinto con deslizadores. Se subió a uno y salió disparada.

Qui-Gon se quedó en la ventana viendo parpadear y desaparecer las luces traseras del deslizador. Se sintió furioso y tardó un minuto en aceptarlo y relajarse. Su oponente había escapado. Eso pasaba de vez en cuando. Había peleado lo mejor que había podido.

Pero ya es la tercera vez que se escapa.

—Astri —dijo Didi con voz entrecortada—. Astri...

Qui-Gon se arrodilló junto a la chica y le palpó cuidadosamente la cabeza.

— ¿Qué ha pasado? —le preguntó a Didi—. ¿Le ha disparado?

—No, no. La golpeó por la espalda con el mango del látigo —dijo Didi.

Qui-Gon sintió un chichón inflamándose en la cabeza de Astri, que abrió los ojos. No tenía las pupilas dilatadas y miró a Qui-Gon fijamente.

—Ay —dijo ella.

—Está bien —le dijo Qui-Gon a Didi—. No te muevas, Astri. Te va a doler un poco la cabeza.

Ella resopló.

—Ya.

—Deberíamos llamar a un médico —dijo Didi preocupado.

—Estoy bien —dijo Astri. Entrecerró los ojos y se incorporó, apoyándose en los codos—. ¿Qué ha pasado? Lo último que recuerdo es a todos mis clientes saliendo por la puerta.

— ¿Entró alguien cuando salieron? —preguntó Qui-Gon.

—No —dijo Astri—. Cerré la puerta tras ellos y le dije a Renzii que se fuera a casa. Cuando salió, volví a echar el cerrojo. Luego subí aquí. No recuerdo nada más...

—Yo estaba aquí arriba —dijo Didi—. Oí a Astri en las escaleras. Abrió la puerta y de repente se cayó al suelo. Y entonces entró la cazarrecompensas. Me ató mientras rebuscaba por todas partes. Bajó y la escuché rebuscando también en mi despacho.

—Y la cocina —dijo Qui-Gon.

—No, la cocina no —dijo Didi.

—Pero si está patas arriba y llena de cacharros —dijo Obi-Wan.

—Siempre está así —dijo Astri con un suspiro—. ¿Qué cazarrecompensas? Creía que no era más que una vulgar ladrona.

— ¿Por qué se fueron los comensales? —preguntó Qui-Gon a Astri.

Astri se acarició la cabeza.

—Lo hice lo mejor que pude —murmuró ella—, pero creo que todavía no capto lo de la elegancia. Renzii no paraba de equivocarse con los pedidos y yo no podía con todo. La comida se quedó fría. Así que Jenna Zan Arbor se enfadó y todos se fueron. La próxima vez contrataré más ayudantes. Fue un gran error. Pero como me gasté todo el dinero extra en la comida...

—Y entonces ¿cómo entró la cazarrecompensas? —preguntó Obi-Wan.

Astri levantó la cabeza.

— ¿Qué cazarrecompensas? —preguntó de nuevo con frustración.

—Didi, cuéntaselo —dijo Qui-Gon.

—No mientras sigas herida, Astri —dijo Didi nervioso—. Tienes que acostarte...

— ¿Qué cazarrecompensas? —preguntó Astri con los dientes apretados.

—Pues... verás, esto... puede que me haya metido en un pequeño lío —le dijo Didi—. Nada grave.

—Claro —dijo Astri—. Nada grave. Sólo ha sido una noche más en la cafetería. A mí me suelen dejar inconsciente a menudo.

—Qué sentido del humor tiene mi niña —dijo Didi nervioso a los Jedi—. ¿A que es maravillosa?

—Es probable que tu padre posea una información valiosa para alguien —interrumpió Qui-Gon con impaciencia—. Y ese alguien ha enviado a una cazarrecompensas a buscarle. Suponemos que quieren recuperar la información a toda costa. Y, aun así, la cazarrecompensas no lo mató cuando tuvo la oportunidad.

—Es buena señal —dijo Didi animado. Luego volvió a asustarse—. ¿No?

— ¿Has vuelto a vender información? —gritó Astri enfadada. Luego hizo una mueca y cerró los ojos. Bajó la voz hasta que fue un susurro— Tú, baboso, rastrero, repugnante hijo de un mono-lagarto kowakiano —siseó ella entre dientes—. Me has vuelto a mentir.

—No mentí tanto como para no contarte nada —dijo Didi palmeándole en el hombro—. No me atrevería a afirmar que el negocio va tan bien como en otras épocas, pero Fligh venía de vez en cuando con algunas cosillas para vender. ¿Cómo iba a dejarlo tirado? ¿A quién iba a vender sus chascarrillos sino a mí? Su muerte ha sido una tragedia.

— ¿Muerte? Ya ves adonde le han llevado sus negocios —dijo Astri clavando la mirada en su padre—. ¿Seré yo la siguiente, papá?

Didi se dio la vuelta, incapaz de mirar a su hija. Ella se levantó tambaleándose y salió de la habitación.

—Volvamos a lo que sabemos —dijo Qui-Gon a Didi—. La cazarrecompensas no ha encontrado lo que estaba buscando, pero ha dejado todo patas arriba. Eso significa que está buscando un objeto físico y no una información que tengas tú en la cabeza. ¿Qué es, Didi? Y esta vez tienes que decirnos toda la verdad. Ya has

visto que has arriesgado las vidas de los que quieres.

—Sí —dijo Didi apesadumbrado—. Lo sé, pero no puedo ayudarte, amigo mío. No tengo nada. Fligh no me daba más que información. Lo juro.

— ¿Ni un datapad? —preguntó Qui-Gon.

Didi negó con la cabeza.

—Nada.

Qui-Gon suspiró.

—Entonces no hay alternativa. Tienes que cerrar la cafetería. Coge a Astri y vete de Coruscant.

Astri volvió a la habitación en ese momento. Se quedó congelada mientras se ponía un paño frío en la cabeza.

— ¿Cerrar la cafetería?

—Sólo hasta que sepamos lo que busca la cazarrecompensas —le dijo Qui-Gon—. No podemos estar con vosotros las veinticuatro horas del día, Astri. Creo que Didi y tú estáis en peligro —se detuvo y dijo amablemente—. Sé que estás enfadada con tu padre, pero no querrás que le pase nada.

Astri se mordió el labio y asintió.

— ¿Y adonde vamos a ir?

—Yo sé adonde —dijo Didi—. Tengo una casa en las montañas Cascardi.

— ¿Que te has comprado una casa? —exclamó Astri—. ¡Pero si siempre dices que no tienes dinero!

—Era un trato que no podía rechazar —explicó Didi—. Todavía no he ido a verla, y no le he contado a nadie que la tengo.

— ¿Dónde están las montañas Cascardi? —preguntó Obi-Wan.

—En el planeta Dunedeen —dijo Qui-Gon—. Está cerca de Coruscant, pero las montañas son una buena opción. Las Cascardi están aisladas y son abruptas. Es un buen escondite por el momento. Obi-Wan y yo os esperaremos mientras hacéis las maletas. Tenéis que partir de inmediato.

Didi se levantó de un salto y ayudó a Astri a salir de la habitación. Se fueron a sus dormitorios.

— ¿Crees que estarán a salvo? —preguntó Obi-Wan a Qui-Gon en voz baja.

—Más que aquí, en Coruscant —dijo Qui-Gon—, pero la cazarrecompensas es una rastreadora excepcional y, aunque la galaxia es enorme, no lo es tanto como para desaparecer. No, me temo que tenemos que desvelar este misterio. Vayan a donde vayan, Astri y Didi corren un grave peligro. Ella les encontrará y será más pronto que tarde. De eso no me cabe duda.

Capítulo 10

Mientras entraban en las frescas estancias del Templo Jedi, Qui-Gon percibió el alivio que Obi-Wan intentaba ocultar. El chico estaba agotado. Qui-Gon no sabía que aquella breve parada para ver a Didi iba a desencadenar aquel enrevesado misterio que ahora se veían obligados a desvelar.

—Yo no planeé esto, padawan —le dijo—. Sólo quería pasar a saludar a un amigo.

Obi-Wan asintió.

—Pero ese amigo estaba en peligro. No podías negarte a ayudarlo.

—A ti no te pareció bien —dijo Qui-Gon.

El Maestro Jedi vio la indecisión en el rostro de Obi-Wan. Conocía bien esa expresión. Obi-Wan odiaba decepcionarle. Pero jamás le mentía.

—No —dijo—. Al principio no. Pero ahora sí. Siempre dices que tengo que conectar con la Fuerza, y cada vez entiendo mejor lo que quieres decir. Mi primer impulso fue alejarme de Didi —Obi-Wan miró a su Maestro a los ojos—. Estaba cansado, tenía hambre y no me cayó bien Didi. Pensé en mis propias necesidades, y ahora entiendo lo que querías decir. Didi tiene sus defectos, pero es buena gente. Es sólo que me cuesta un poco ver esas cosas. Ojalá no fuera así —dijo Obi-Wan con voz entrecortada.

—No seas tan duro contigo mismo, padawan —dijo Qui-Gon lentamente—. Es algo que puede convertirse en un defecto si no tienes cuidado, porque sentir ira hacia uno mismo es algo destructivo. Todos los seres vivos pueden ser impacientes y largarse a la primera de cambio, evitando involucrarse. Es un impulso natural. Somos criaturas amantes de la paz y la tranquilidad, pero también somos Jedi. No es nuestra propia paz y tranquilidad lo que debe motivarnos. Nosotros nos hemos consagrado a un bien mayor, pero recuerda siempre que la paz y la tranquilidad de un único ser vivo también es lo que nos debe motivar.

Obi-Wan asintió. Qui-Gon le colocó suavemente una mano en el hombro.

—Come algo, padawan —dijo—. Voy a hablar con Yoda y con Tahl.

Qui-Gon percibió que el hambre y el cansancio de Obi-Wan se enfrentaban con su deseo de quedarse con su Maestro.

—¿Seguro que no me necesitas?

—Cuando te necesite, iré a buscarte —dijo Qui-Gon—. Y tú necesitas un poco de comida y descanso. Después proseguiremos.

Dejó a Obi-Wan de camino al comedor y se dirigió a la Estancia de las Mil Fuentes, donde iba a encontrarse con Yoda y con Tahl. Se había citado con ellos allí a través del intercomunicador.

El aire fresco y húmedo le sentó mejor que comer. Sus ojos se posaron sobre la multitud de sombras verdes que provocaban las plantas y los árboles dispuestos a lo largo de los diversos senderos. Se detuvo un instante para regocijarse en la

belleza que le rodeaba. Cogió aire varias veces, concentrándose en las verdes sombras, el murmullo de las fuentes y el olor de la exuberante vegetación y de las flores. Se quedó prendado del momento, dejando que llenara su corazón y su mente. Después retomó el sendero hacia Yoda y Tahl.

Estaban sentados en uno de los bancos favoritos de Yoda, junto al cual un arroyuelo de piedrecitas blancas provocaba un murmullo musical. Tahl le oyó llegar y se giró hacia él.

—Espero que hayas dejado a Obi-Wan ir a comer algo decente —dijo divertida antes de que él dijera nada—. El pobre siempre está pasando hambre.

Qui-Gon sonrió. Tahl nunca saludaba. Siempre empezaba directamente alguna conversación.

— ¿Te das cuenta de que en lugar de saludarme siempre empiezas acusándome de algo? —dijo él, sentándose en el banco de enfrente.

Tahl sonrió.

—Claro. Si no ¿cómo voy a mantenerte en guardia?

Qui-Gon contempló el encantador rostro de Tahl. Sus ojos ciegos de color verde y dorado estaban llenos de alegría. Hubo un tiempo en el que no podía mirarla sin afligirse. Sólo ver la cicatriz blanca que marcaba su piel color miel le hacía daño. Pero llegó a darse cuenta de que Tahl había aceptado su destino y lo había asimilado. Y su amistad era valiosísima para él.

—Le he dejado en el comedor —dijo Qui-Gon—. Seguro que ya ha repetido dos veces.

— ¿Noticias no tienes? —preguntó Yoda—. Preocupados por Didi estamos. Quizás una comadreja sea, pero un amigo del Templo también es.

—Siento informaros de que la situación ha empeorado —dijo Qui-Gon.

Les contó rápidamente el asesinato de Fligh y el ataque sufrido por Astri y Didi.

— ¿El cuerpo de Fligh estaba desangrado? —Tahl frunció el ceño—. Eso me suena.

—Ha habido otros seis casos en Coruscant en el pasado año —dijo Qui-Gon—. Sobre todo vagabundos, gente sola.

—Sí, lo sé —dijo Tahl—, pero hay algo más —su expresión era de profunda preocupación—. Y hay otra cosa. He investigado a tu cazarrecompensas. Es una maestra del disfraz. Utiliza pelucas, carne sintética, prótesis... es así como se mueve sin que la detecten.

—No me sorprende —dijo Qui-Gon—. Obi-Wan vio cómo cambiaba su aspecto de anciano a mujer en cuestión de segundos.

—Dijiste que a una senadora un datapad Fligh robó —dijo Yoda—. ¿Cuál?

—Yo no la conocía —dijo Qui-Gon—. La senadora Uta S'orn del planeta Belasco.

—Por cierto, he hablado con la policía —le dijo Tahl—. La senadora S'orn no denunció el robo. Puede que no fuera importante para ella. En el Senado ocurren robos menores constantemente. Estoy segura de que la mayoría no se denuncian, pero creía que ya te lo había dicho. Además, la senadora S'orn acaba de anunciar su dimisión. Ha aducido razones personales.

—A la senadora S'orn conozco —dijo Yoda—. Varias conversaciones con los Jedi ha tenido.

Sorprendido, Qui-Gon se volvió hacia Yoda.

—¿Sobre qué?

—Un hijo tenía —prosiguió Yoda—. Ren S'orn. Potencial en la Fuerza tenía. Para su formación le aceptamos, pero separarse de él su madre no podía. Controlar la Fuerza y comprenderla él no pudo. A la galaxia escapó.

Tahl tomó aire.

—Ahora lo entiendo —susurró.

Yoda asintió.

—¿El qué? —preguntó Qui-Gon, echándose hacia delante. Se dio cuenta de que Yoda y Tahl sabían algo importante.

—Ren se perdió para siempre, se convirtió en un vagabundo —dijo Tahl—. Perdió contacto con su madre. Ella acabó por ponerse en contacto con nosotros. Se enviaron varios equipos de Jedi en su busca y en su ayuda, pero él los rechazó.

—La esperanza de que acabara volviendo teníamos —dijo Yoda—. Que empleara la Fuerza para hacer el mal nos asustaba, pero confundirlo y enfurecerlo la Fuerza sólo hizo. Diferente él era. Diferente no quería ser. La paz no podía encontrar.

—Una tragedia —dijo Tahl—. No pudo encontrar la forma de salir. No encontró un sitio al que llamar hogar. Y, como suele pasar, acabó frecuentando malas compañías. Nos llegó la noticia de que le habían asesinado.

—No hace mucho fue —dijo Yoda—. Seis meses, creo. En Simpla-12.

—Son malas noticias —dijo Qui-Gon—, pero ¿por qué son relevantes?

—Por cómo murió —dijo Tahl lentamente—. A Ren le estrangularon. Y su cuerpo estaba desangrado.

Capítulo 11

Por la mueca sombría de Qui-Gon, Obi-Wan se dio cuenta enseguida de que no iba a llegar a saborear el postre, y se puso de pie.

—Lo siento, padawan. Es hora de irse —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan agarró el pastelito y lo fue engullendo mientras caminaban. Qui-Gon cogió un deslizador del hangar de transportes. En cuestión de segundos, ya estaban de camino al edificio del Senado.

Ya era tarde, pero las calles seguían atestadas de tráfico. Las farolas hacían que los edificios y las pasarelas relucieran como si fuera de día. Un montón de seres iban de un lado a otro bajo las luces, abarrotando los restaurantes y las aceras.

— ¿Qué te han dicho Yoda y Tahl? —le preguntó Obi-Wan, tragándose el último trozo de tarta.

—Aún no tengo todas las piezas —dijo Qui-Gon—, pero, de alguna forma, la senadora S'orn está conectada o implicada en la muerte de Fligh. Su hijo murió de la misma manera que él —Qui-Gon le contó la historia de la confusa vida de Ren y su trágica muerte.

— ¿Pero qué tiene que ver eso con Didi? —preguntó Obi-Wan.

—Puede que nada —Qui-Gon condujo el transporte por el atestado espacio aéreo que rodeaba el Senado.

—Pero no tiene sentido —dijo Obi-Wan—. Su hijo murió en otro planeta. Y Didi no conoce a la senadora S'orn.

—Cierto, no tiene sentido —respondió Qui-Gon—, pero tiene que tenerlo, de alguna manera. Sólo tenemos que encajar las piezas.

Qui-Gon aparcó el deslizador en la zona de aterrizaje del Senado y caminó hasta el edificio. Los pasillos, que normalmente estaban atestados de gente, se encontraban desiertos. Sus pasos resonaban en el suelo pulido.

— ¿Qué te hace pensar que estará aquí siendo tan tarde? —preguntó Obi-Wan.

—Acaba de anunciar su dimisión —respondió Qui-Gon—. Seguro que ha tenido una tarde ajetreada. Y parece el tipo de senadora que se queda trabajando hasta tarde. La mayoría se van en cuanto termina la sesión del Senado —Qui-Gon calló un instante y dijo—: El Senado ya no es lo que era. Y cada vez va a peor. Los idealistas se han ido marchando.

Fueron hasta el despacho de la senadora. La antecámara tenía la luz apagada, pero Qui-Gon entró y llamó a la puerta del interior.

—Adelante.

Entraron. Sólo había una lámpara encendida. La senadora S'orn estaba sentada en una silla, contemplando el paisaje urbano de la noche.

— ¿Sí? —preguntó sin girarse.

Qui-Gon cerró la puerta tras ellos.

—Sentimos tener que molestarla.

Dio la vuelta a la silla y suspiró.

—Ha sido un mal día en general. No pensaba que mi dimisión iba a ser tan polémica. Tampoco creo que sea para tanto.

—Lamento tener que sacar un tema que sin duda será doloroso para usted —dijo Qui-Gon con amabilidad—, pero, ¿es la muerte de su hijo la causa de su dimisión?

El gesto de la senadora S'orn cambió. Sus rasgos se endurecieron y apretó los labios.

—Sí, sé por qué están aquí. Debí dejar que ingresara en el Templo para su formación. Fui una egoísta.

—No —dijo Qui-Gon rápidamente—. En absoluto. Hay muchos padres que optan por quedarse con sus hijos sensibles a la Fuerza. Hay muchos caminos en la vida. Uno toma la decisión que cree mejor para su hijo.

—Por eso quise que se quedara conmigo, y esa decisión lo destruyó —dijo amargamente la senadora S'orn—. El camino que tomé conducía a la muerte.

—No, Ren escogió su propia senda —dijo Qui-Gon con firmeza—. Senadora S'orn, a usted no la conozco, pero he conocido a muchos niños con potencial en la Fuerza. Y sé que no hay garantías de que un niño sensible a la Fuerza llegue a ser más feliz que uno que no lo sea. Muchos son los que rechazan la senda Jedi. Algunos llegan a desarrollarse fuera del Templo, otros no. No estamos aquí para cuestionar su decisión ni para culparla.

—No es necesario. Ya me culpo yo sola —dijo la senadora S'orn abatida—. Desde que recibí la noticia de la muerte de Ren he sido incapaz de concentrarme, incapaz de hacer mi trabajo bien. Sólo he podido concentrarme durante periodos de tiempo muy breves. ¿Cómo voy a servir a mi pueblo si ni siquiera pude salvar a mi hijo?

—No puedo responder a esa pregunta —dijo Qui-Gon—, pero puede que haga bien apartándose un tiempo de sus actividades. A mí me parece muy útil, siempre que contemple todas las opciones con compasión y con tranquilidad.

—La compasión y la tranquilidad no son compatibles con la muerte de un hijo —dijo la senadora S'orn con voz entrecortada. Giró la silla y les dio la espalda. Cuando volvió a mirarlos ya se había serenado—. Puede que no haya venido a hacerme sentir culpable, pero tampoco está aquí para aconsejarme, Qui-Gon Jinn. ¿Qué anda buscando?

—No estoy muy seguro —dijo Qui-Gon con sinceridad—. Dígame algo. Cuando le robaron el datapad, ¿denunció el robo?

Ella se encogió de hombros.

—Las posibilidades de que las fuerzas de seguridad del Senado lo encontraran

eran escasas. A Jenna, una amiga mía, también le robaron el datapad, pero no creyó que mereciera la pena denunciarlo. Estábamos demasiado ocupadas.

La mirada atenta de Qui-Gon se puso alerta.

— ¿Jenna?

—Jenna Zan Arbor —dijo la senadora S'orn—. Es amiga mía y está de visita en el Senado por una conferencia. Seguro que han oído hablar de ella. Es la científica transgénica más importante de la galaxia, y una gran humanista.

—Por supuesto —dijo Qui-Gon—. ¿Estaban juntas cuando tuvo lugar el robo?

—Fue en una de las cafeterías de la entrada —dijo la senadora S'orn—. Estábamos almorzando.

Obi-Wan intentó controlar su agitación. Estaban a punto de descubrir algo. Lo sabía. Fligh robó el datapad, y Jenna reservó el restaurante de Didi para una importante cena. ¿Sería una conexión que les llevaría a alguna parte? Como había dicho Qui-Gon, no tenía sentido, pero tenía que tenerlo.

— ¿Había alguien más en la cafetería?

La senadora S'orn suspiró.

— ¿Queréis decir que si el ladrón estaba allí? Supongo que sí. Supongo que serán conscientes de que he repasado aquello una y otra vez. La cafetería estaba repleta. No vi a nadie sospechoso.

— ¿Recuerda a un humano alto y atlético con un ojo oscuro y otro ojo verde brillante?

La senadora S'orn se sobresaltó.

—Sí, pero él no me lo robó. Es un asistente del Senado. O al menos eso dijo. Estábamos hablando de una cena que Jenna iba a dar para el resto de los científicos asistentes a la conferencia. Él nos ofreció la tarjeta de un excelente restaurante que nos había recomendado. Jenna cogió la tarjeta. Yo no había oído hablar del sitio, pero Jenna dijo que lo tendría en cuenta.

Qui-Gon y Obi-Wan se miraron.

— ¿Era el ladrón? ¿Debería denunciarle? —preguntó la senadora S'orn.

Qui-Gon se puso de pie.

—No serviría de nada. Está muerto. Gracias por su tiempo, senadora.

Obi-Wan siguió a Qui-Gon fuera del despacho.

—Ya tenemos una conexión —dijo—. Fligh y Didi con Jenna Zan Arbor y la senadora S'orn.

—Por no mencionar a Ren S'orn —dijo Qui-Gon—.

Seguro que Jenna Zan Arbor sabía lo del hijo de la senadora.

—Pero sigo sin ver el significado —dijo Obi-Wan frustrado—. Es todo muy

confuso.

—Hazte la siguiente pregunta, padawan. ¿A quién beneficiaría la muerte de Fligh? ¿O la de Didi?

—A nadie —dijo Obi-Wan—. No por ahora. A no ser que haya algo en ese datapad que nosotros desconocemos.

—Eso es —dijo Qui-Gon—. En alguno de los dos datapad... recuerda que ahora sabemos que a Jenna Zan Arbor también le robaron el suyo.

Obi-Wan asintió.

—Tengo una ligera idea de adonde vamos ahora.

—Sí —dijo Qui-Gon—. A ver a Jenna Zan Arbor.

Capítulo 12

Obi-Wan se encontraba incómodo en el vestíbulo del lujoso hotel. Había estado en palacios y mansiones, había visto sitios esplendorosos con gruesas alfombras, los mejores metales y muebles finamente adornados. Lo había contemplado todo sin sentirse parte integrante, como un Jedi, y nunca se había sentido incómodo, ni en el palacio de una Reina.

Pero allí no era lo mismo. Las paredes eran de piedra blanca pulida con vetas de oro blanco. El suelo era de piedra negra y relucía cegador. Le daba miedo sentarse en los mullidos sofás y en las sillas. De repente, se fijó en que tenía la túnica manchada del pastelito.

La aristocracia se arremolinaba a su alrededor, yendo de un lado a otro, saliendo de los muchos restaurantes que habían en el vestíbulo y recogiendo su correo o sus llaves. Le miraban sin prestarle atención, como si no mereciera la pena. Hablaban en voz baja, en susurros, no como las agitadas conversaciones de las bulliciosas calles.

Como siempre, Qui-Gon parecía encontrarse a gusto. Fue hacia el mostrador y pidió que llamaran a Jenna Zan Arbor.

El recepcionista habló por el auricular de su intercomunicador privado y escuchó un momento.

—Pueden subir —dijo. Luego les indicó que cogieran el turboascensor que les llevaría a la planta setenta y siete.

Obi-Wan siguió a Qui-Gon hacia un enorme tubo forrado de una piedra rosácea que le hizo sentir como si estuviera en el centro de una flor. Las puertas se abrieron, y ambos echaron a andar por la gruesa moqueta.

Jenna Zan Arbor les estaba esperando en la puerta de su suite. Llevaba un vestido azul oscuro de septoseda que le llegaba hasta los pies. Lucía un complicado recogido en el pelo entretejido de cintas de múltiples colores.

Qui-Gon se inclinó ante ella.

—Gracias por recibarnos. Soy Qui-Gon Jinn y él es Obi-Wan Kenobi.

Ella le devolvió la inclinación.

—Jenna Zan Arbor. Es un honor conocer a unos Jedi —les miró de nuevo—. Pero ustedes estaban en la cafetería.

—Somos amigos de Astri y Didi Oddo —dijo Qui-Gon.

El cálido gesto de bienvenida de Jenna Zan Arbor se enfrió un poco. Se dio la vuelta y les guió a una espaciosa sala con el mismo suelo de piedra negra pulida que el vestíbulo. Los mullidos sofás blancos estaban colocados en dos zonas, una más íntima y otra más amplia. Los ventanales, que se levantaban desde el suelo al techo, estaban tapados por cortinas de gasa blanca fijadas al suelo. En el exterior, las luces de los vehículos eran como estrellas errantes atravesando la niebla.

Jenna Zan Arbor les señaló la zona más reducida.

Obi-Wan se sentó y se hundió en los cojines. Intentó ponerse recto, pero comenzó a resbalar hacia atrás.

Zan Arbor abarcó con un gesto la estancia.

—No me siento cómoda con todo esto, pero lo paga la conferencia. Yo estoy acostumbrada a... un entorno más práctico. Me paso casi todo el tiempo en el laboratorio —les miró con sus relucientes ojos grises—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Estamos investigando un asesinato —dijo Qui-Gon—. Alguien que habló con usted en el Senado. Se llamaba Fligh. Se hizo pasar por un asistente senatorial y le dio la tarjeta del restaurante de Didi...

—Por supuesto, lo recuerdo —dijo Zan Arbor de inmediato—. Tenía un ojo verde. Alabó la comida y el ambiente del local. Yo no conozco bien Coruscant, así que le hice caso.

— ¿Y por qué se fueron de repente de la cafetería? —preguntó Qui-Gon.

La científica rió en voz alta.

—Porque a mis invitados les iba a dar algo. No era lo que me habían contado. Sé que suena un poco estirado, pero yo quería causar buena impresión. La conferencia otorga unas becas para proyectos científicos. Necesito fondos —se encogió de hombros—. Así que volvimos aquí y cenamos en el hotel —se detuvo—. Pero ¿qué tiene que ver mi cena con la muerte de esa persona?

En lugar de responder, Qui-Gon le planteó otra pregunta.

— ¿Es usted amiga de la senadora S'orn?

—Sí.

—Por lo tanto, sabe que su hijo murió y cómo murió —dijo Qui-Gon.

Zan Arbor asintió, pero su cálida mirada se tornó gélida.

—Claro que lo sé, pero no creo que sea de su incumbencia. Fue una tragedia irreparable para Uta.

—Pero no para usted —afirmó Qui-Gon.

Ella le miró con dureza.

—No. Lo sentí por mi amiga, pero no fue una tragedia personal. ¿Qué quiere decir?

—Nada en absoluto —dijo Qui-Gon tranquilamente—. Sólo estamos investigando. ¿Me podría proporcionar una lista de los invitados a la cena?

— ¿Por qué? —preguntó Zan Arbor con la irritación reflejándose en su voz.

—Porque alguien atacó al propietario y a su hija cuando se fueron ustedes —respondió Qui-Gon—. No creo que sea necesario, pero podría ayudarnos interrogarles más adelante.

—No creo que... —el tono irritado de Zan Arbor se interrumpió cuando se encogió de hombros— ¿Por qué no? No tengo nada que esconder —fue hasta el escritorio y garabateó algunos nombres en una lamina reciclable que le alcanzó a Obi-Wan. Él se la guardó en la túnica.

Ella se sentó de nuevo.

— ¿Puedo preguntarles qué tiene que ver el asesinato de Ren S'orn con el tal Fligh o con el ataque de la cafetería'?

—Puede que nada —dijo Qui-Gon.

La científica les miró fríamente.

—Creo que empiezo a entenderlo. No quiere que le proporcione información. Usted piensa que estoy implicada.

—Yo no he dicho nada parecido —dijo Qui-Gon.

—Pero está aquí —señaló ella con firmeza—. Y supongo que sabe quién soy.

Qui-Gon asintió.

—No estoy acostumbrada a que venga alguien a mis aposentos a acusarme de estar implicada en un asesinato. El asesinato es algo con lo que no estoy familiarizada. Vivo en el mundo de la investigación transgénica. Así que perdóneme si estoy un tanto confundida y preocupada.

—Por supuesto —dijo Qui-Gon—. El asesinato es un tema preocupante.

Zan Arbor sonrió brevemente.

—Sobre todo para la víctima. ¿Qué más necesita saber?

— ¿Por qué no denunció el robo de su datapad? —preguntó Qui-Gon—. Seguro que fue algo preocupante.

—No me preocupó. Tengo copias de seguridad de todos mis archivos en tarjetas de datos.

—Uta S'orn estaba preocupada —dijo Qui-Gon.

—Tenía razones para estarlo —respondió Zan Arbor algo afectada—. Tenía información privada en ese datapad. Se vio obligada a dimitir antes de poder introducir esa ley tan importante.

— ¿Y sabe usted de qué se trata? —preguntó Obi-Wan. Hasta el momento se había contentado con ver cómo Qui-Gon hacía las preguntas, pero aquella ley ya había salido antes, y tenía curiosidad por saber en qué consistía.

—Sí. Uta me lo contó todo. La verdad es que yo no estaba tan interesada. Yo vivo para las ciencias. Parece que estaba intentando reunir una coalición de planetas para luchar contra una banda de traficantes de piezas. Era probable que obtuviera todos los votos necesarios, pero su dimisión lo cambió todo. Sin ella para mantener unida la alianza, el proceso se paralizará. ¿Hemos terminado?

Obi-Wan no miró a Qui-Gon, pero se sentía eufórico. Era una pista crucial. Los

Tecnosaqueadores tenían una razón para desacreditar a la senadora S'orn. Ella estaba intentando aprobar una ley que podía destruirlos. Helb conocía tanto a Fligh como a Didi. Ahí estaba la conexión. Sin duda Helb había reclutado a Fligh para robar el datapad de la senadora. Fligh había ido más allá y había cogido también el de la científica, probablemente para su propio beneficio. Todo lo que tenían que hacer ahora era saber cuál era la conexión con Didi.

Así que la senadora S'orn y Jenna Zan Arbor eran justamente lo que aparentaban: dos mujeres poderosas víctimas de un simple robo.

No necesitó mirar a su Maestro para saber que Qui-Gon había llegado a la misma conclusión.

—Hemos terminado —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan sintió un escalofrío de emoción al salir de la habitación del hotel y entrar en el turboascensor.

—Ya está —dijo—. Ésta es la conexión que buscábamos. Estamos cerca de resolver el misterio.

—Puede que sí —dijo Qui-Gon—. Tenemos que hablar con Helb, eso está claro.

—Mañana resolveremos el misterio y Didi y Astri podrán volver a casa —dijo Obi-Wan—. Si comunicamos lo que sabemos a los Tecnosaqueadores, tendrán que hacer volver a la cazarrecompensas. Tienen que ser ellos, ¿verdad? Querían impedir que esa ley se aprobara. De alguna manera, Fligh y Didi se vieron involucrados. Puede que tuvieran la esperanza de vender ambos datapad por otro lado. Y eso enfadaría mucho a Helb.

Las puertas del ascensor se abrieron y salieron al espacioso vestíbulo. Los ventanales revelaban la oscura noche del exterior.

—Es demasiado tarde para encontrar a Helb —dijo Qui-Gon—. Volvamos al Templo. Ambos necesitamos dormir.

Saliendo por la puerta lateral se accedía a una gran plataforma de aterrizaje para los numerosos vehículos de los clientes del hotel. Qui-Gon había dejado el deslizador cerca de la puerta para que pudieran marcharse pronto, pero ahora una fila de vehículos le bloqueaba la salida.

Le hizo un gesto al encargado del aparcamiento.

— ¿Podría mover esos vehículos?

—Enseguida, señor —respondió el chico, que inmediatamente saltó sobre uno de los deslizadores para moverlo.

Qui-Gon y Obi-Wan se dirigieron al suyo. Qui-Gon se metió por el lado del conductor. Obi-Wan lo tuvo un poco más difícil para meterse por el asiento del pasajero. El deslizador estaba pegado a otro. Tuvo que levantar una pierna para poder colarse dentro.

Estaba en pleno movimiento cuando de repente sintió una sacudida que le tiró

hacia atrás. El encargado había dado con su deslizador en el de atrás. Obi-Wan se deslizó de espaldas sobre el pulido metal. Tras él estaba la barandilla, y detrás no había más que aire.

—Oye, tú... —Qui-Gon salió disparado del asiento del conductor, alerta ante el peligro.

Era demasiado tarde. El encargado volvió a golpear el deslizador contra el suyo, y el vehículo de los Jedi dio otra sacudida hacia atrás. Obi-Wan sintió cómo se escurría por la parte trasera del deslizador y cayó por la barandilla.

Capítulo 13

Todo había pasado muy rápido, pero los extraordinarios reflejos de Obi-Wan le dieron el segundo que necesitaba. Y fue suficiente. Mientras caía por encima de la barandilla, manipuló su lanzacables. Lo apuntó hacia el borde de la plataforma y lo activó.

La cuerda se proyectó hacia delante y él quedó colgado en el aire. Era una sensación aterradora. Un crucero pasó a su lado y el conductor se quedó atónito al ver a un chico colgando en mitad de una avenida espacial.

Obi-Wan sintió un hilillo de sudor cayéndole por las sienes. Recogió el lanzacables y se elevó hasta la plataforma. Qui-Gon le estaba esperando.

—Eso es pensar rápido, Obi-Wan —dijo Qui-Gon, aliviado y nervioso—. Tus reflejos no te han fallado. Debería haber estado más alerta.

— ¿Dónde está el encargado del aparcamiento? —preguntó Obi-Wan.

—Se marchó en el deslizador —dijo Qui-Gon sombrío.

— ¿Crees que la cazarrecompensas le ha sobornado?

—Creo que ese chico era la cazarrecompensas —dijo Qui-Gon—. No volveremos a cometer ese error —se sintió aturdido por el alivio y se dio cuenta de que el cansancio se estaba imponiendo al fin—. Ven. Esta noche ya no podemos hacer nada más. Necesitamos descansar. Por lo menos sabemos que la cazarrecompensas sigue en Coruscant y no está persiguiendo a Didi y a Astri.

Cuando llegaron al Templo, Obi-Wan iba arrastrando los pies. Aquello le había llevado al límite. Qui-Gon le mandó a dormir de buena gana.

Ya en su dormitorio, Qui-Gon se tumbó en la cama a oscuras. Deseaba descansar, pero ni un Jedi podía invocar el sueño si la mente estaba activa.

Ella le había engañado de nuevo y casi mata a Obi-Wan. Era obvio que pensaba más rápido que él y era porque la investigación le hacía bajar la guardia. Se había preocupado más por Didi que por su propio padawan.

Qui-Gon recordó la conversación con Jenna Zan Arbor. Obi-Wan tenía razón. Tenía sentido que los Tecnoaqueadores quisieran apropiarse del datapad de la senadora S'orn. Sin duda habían contratado a Fligh para la tarea. Seguro que Fligh les había hecho esperar, y era posible que hubiera escondido el datapad en la cafetería, implicando así a Didi. Quizá Fligh había intentado recuperarlo y por eso le habían asesinado.

Qui-Gon contempló el techo. La lógica le indicaba que aquel planteamiento tenía sentido. Entonces ¿por qué no podía dormir?

Era porque el asesinato de Fligh no parecía obra de una banda de delincuentes como los Tecnoaqueadores. No necesitaban disimular su trabajo ni despistar a las fuerzas de seguridad de Coruscant. Su actitud arrogante les hacía considerarse demasiado grandes como para preocuparse por una investigación

local.

No, el asesinato de Fligh seguía sin tener sentido. Y eso le indicó a Qui-Gon que se trataba de emociones y no de lógica.

Volvió a pensar en la senadora S'orn. Él había percibido en ella la tristeza y la amargura. Esas emociones, sin duda, podían llevar a alguien a cometer maldades.

Jenna Zan Arbor parecía no tener nada que ocultar, pero le seguía resultando extraño que hubiera aparecido en la cafetería de Didi. Era cierto que no conocía Coruscant, pero su amiga sí. Le podía haber pedido consejo a Uta S'orn. ¿Por qué había aceptado la recomendación de un extraño?

El asesinato es un tema preocupante.

Sobre todo para la víctima.

Había cierta frialdad en la sonrisa de Jenna Zan Arbor cuando hizo ese comentario. Aquella gélida sonrisa le quitaba el sueño a Qui-Gon.

Y la visión de Obi-Wan cayendo por aquella barandilla mientras él se abalanzaba a rescatarle... Y saber que la cazarrecompensas podía volver a retomar el rastro de Didi y Astri...

Sí, tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Percibió la noche, tanteó la oscuridad que le rodeaba y respiró hondo unas cuantas veces. No podía hacer nada esa noche. Su preocupación por Didi y Astri se mantendría en su interior y volvería a resurgir por la mañana. Hasta entonces, tenía que dormir.

A la mañana siguiente, Helb había desaparecido.

—Qué sospechoso —dijo Obi-Wan—. Sin duda sabe que estamos detrás de él.

Qui-Gon había decidido no contar nada a Obi-Wan acerca de su sospecha de que los Tecnoaqueadores no eran responsables de la muerte de Fligh. Sólo tenía dudas borrosas y sensaciones vagas. Quería algo más concreto.

Y Helb sabía más de lo que decía. Eso seguro.

—Sólo puede estar en un sitio —dijo Qui-Gon—. En Vandor-3. Tiene que estar en la base. Allí obtendremos respuestas.

Vandor-3 era un planeta satélite de Coruscant. Por fortuna, Qui-Gon había cogido un crucero de la plataforma de aterrizaje del Templo, por si tenían que salir de la atmósfera del planeta. El viaje a Vandor-3 era corto.

Flotaron por encima del espacio aéreo de la base hasta que les dieron permiso para aterrizar. Qui-Gon vio la plataforma de aterrizaje en lo que parecía un patio abandonado. Aterrizó lentamente el crucero entre un carguero de mantenimiento y un océano de deslizadores.

En cuanto bajaron la rampa de descenso y salieron fueron recibidos por un estruendo. Había trabajadores y androides por todas partes, cortando metal,

soldando circuitos, arrastrando materiales y operando gravitrineos. Las voces se alzaban para discutir por encima del estrépito de los cortadores hidráulicos de metal, los macro-fundidores y las hidrollaves de tuercas. Había unos enormes motores propulsores colgando sobre sus cabezas en un sistema de correas y poleas. Formando montones había piezas de deslizador, paneles de circuitos, elevadores de voltaje, convertidores y otras piezas que Obi-Wan no reconoció.

—Menuda operación —dijo Qui-Gon mientras bordeaban una nave con las piezas del motor dispuestas en el suelo.

— ¡Cuidado con ese compensador de aceleración! —exclamó una voz.

Obi-Wan dio un paso a un lado rápidamente para esquivar el equipo, mientras Helb se abalanzaba hacia ellos echando chispas de irritación por sus ojos naranja.

—Supongo que no habéis venido para conseguir una ganga en piezas de deslizador —gritó por encima del estruendo.

—Sólo información —gritó Qui-Gon.

—Pues ya que estáis aquí, seguidme.

Los Jedi siguieron a Helb hacia una esquina tranquila del patio. Contra la verja de duracero había un pequeño cobertizo fabricado a base de escombros y piezas sueltas. Helb abrió la puerta.

En el interior, el estrépito se convirtió en un murmullo ahogado.

—Os diría que os sentarais, pero como os vais ya... —exclamó Helb—. Pensé que había quedado claro que os dije todo lo que sabía.

—No me lo creo —dijo Qui-Gon—. En mi opinión, te dejaste algo. Creo que tu banda contrató a Fligh para robar el datapad de la senadora S'orn. Es muy probable que Fligh tuviera que hacerlo porque os debía dinero.

Helb no dijo nada y se cruzó de brazos.

—Puede que Fligh no entregara el datapad. Quizá pensó que podía sacaros todavía más dinero —adivinó Qui-Gon, contemplando a Helb—. Quizá por eso pusisteis precio a su cabeza. Sospechasteis que había dado el datapad a Didi.

—Mira, yo no voy por la vida intentando rezumar virtudes, Jedi —dijo Helb—. Vendería a mi hermano por dinero, pero no le pusimos precio a la cabeza de Fligh. Ahora salid de aquí antes de que llame a los androides de seguridad.

Qui-Gon no se movió y colocó una mano sobre la empuñadura de su sable láser. Obi-Wan hizo lo mismo.

Helb se estremeció inquieto.

—Oye, nosotros no queremos ponernos a malas con los Jedi.

—Entonces dinos la verdad y nos iremos —dijo Qui-Gon.

—Vale, vale. Sí, le dijimos a Fligh que robara el datapad. ¡Ese cerebro de bantha robó el que no era! Debería haber cogido el datapad oficial, y no el que contenía su correspondencia personal. Pero salió bien porque nos enteramos de

que iba a dimitir. Al final conseguimos lo que queríamos. Su ley ha muerto. ¿Por qué íbamos a poner precio a la cabeza de Fligh? Vale, era una comadreja, pero era una comadreja muy útil. Nos mandaba un montón de clientes.

—Fligh robó dos datapad ese día —dijo Qui-Gon—. ¿Sabes lo que pasó con el otro?

Helb se encogió de hombros.

—Quizá lo vendió por ahí o se lo dio a alguno de sus acreedores.

Obi-Wan y Qui-Gon se miraron.

—Didi —murmuró Obi-Wan.

—Puede —dijo Helb al oírle—. Seguro que Fligh también debía dinero a Didi. Didi es el jugador de sabacc más astuto que hay. Todos estuvimos en esa partida de sabacc. Yo también perdí ante Didi. Ninguno podíamos pagarle aquel día, pero nos dejó irnos. Yo no le pagué hasta unos días después. Por suerte, tenía información con la que comerciar para ganar algo de dinero.

— ¿Qué información? —preguntó Qui-Gon.

—Lo del escondite que Didi tenía en las montañas Cascardi —dijo Helb—. No pensaba contarlo nunca, la verdad, pero pasé la información a un viejo loco envuelto en un montón de harapos en el Esplendor. De hecho, fue el día que os conocí a vosotros dos...

Helb no tuvo tiempo de acabar la frase.

Los Jedi ya se habían ido.

Capítulo 14

Desde arriba, la casa de las montañas Cascardi parecía tranquila. Era una construcción blanca de tres pisos situada en la ladera de una montaña y que se fundía con la nieve. Podían ver el crucero de Didi aparcado en la pequeña plataforma de aterrizaje a la altura de la segunda planta. No había señal de Didi y Astri.

Qui-Gon aterrizó el crucero al lado del de Didi. Él y Obi-Wan salieron del vehículo y se aproximaron cautelosos hacia la puerta. Tenían los sables láser empuñados, pero sin activar. Esta vez estarían preparados.

Qui-Gon se concentró, intentando escuchar algún movimiento y buscando algo fuera de lo normal. Obi-Wan estaba tenso a su lado, pero él confiaba en el instinto del chico.

— ¿Qué opinas? —le preguntó en voz baja.

—No siento nada concreto —dijo Obi-Wan—, pero algo va mal. Didi y Astri no corren peligro, pero capto una presencia peligrosa aquí.

Qui-Gon asintió.

—Yo percibo lo mismo. Ella los ha atraído hasta aquí. Sin duda se quedó en Coruscant y siguió nuestro rastro. No tenía que seguir a Didi y a Astri. Ya sabía dónde estaban. Cuanto antes les saquemos de aquí, mejor.

Una ventana se abrió por encima de ellos, y Didi asomó la cabeza. El alivio se dibujó en sus facciones.

—Sois vosotros, gracias, lunas y estrellas. Voy a abriros la puerta. Estoy tan contento de veros.

Un momento después, la puerta se abrió. Qui-Gon y Obi-Wan entraron y se encontraron con Didi, que bajaba por una rampa que se curvaba desde el piso superior.

— ¿Va todo bien? —preguntó Qui-Gon colocándose de nuevo el sable láser en el cinturón.

Didi asintió.

—Creo que sí. Al principio estábamos contentos de estar aquí y nos sentíamos seguros. Esto es tan remoto y oculto. Pero el aislamiento nos está poniendo de los nervios. Creo que nos sentiríamos más seguros en Coruscant.

— ¿Dónde está Astri? —preguntó Obi-Wan.

—Aquí —Astri apareció desde otra habitación—. Me alegro de veros. Las horas han pasado tan despacio.

— ¿Ninguna señal de peligro? —preguntó Qui-Gon—. ¿Nada fuera de lo normal?

—Nada —dijo Didi.

—Hacemos guardias —dijo Astri—. Miramos por las ventanas a ver si vemos algún crucero. Os vimos venir. No estábamos seguros de quiénes erais —se llevó la mano a una pistola láser que llevaba colgando de la cintura—. Yo estaba preparada.

— ¿Alguna vez has usado una pistola láser, Astri? —preguntó Qui-Gon con amabilidad.

—No puede ser tan difícil —dijo Astri—. Apuntas y disparas. Tan fácil como cocinar.

Habiendo visto su cocina, Qui-Gon no estaba seguro de si debía fiarse de la puntería de Astri.

—Te daré una clase dentro de un momento —dijo a la chica—. ¿Y tú, Didi? ¿Tienes un arma?

— ¿Lo dices en serio? —Didi negó con la cabeza—. Ni siquiera me gusta que Astri lleve una. ¿Cómo crees que he conseguido mantenerme al margen de los problemas todos estos años?

—Tenemos que hablar con vosotros dos seriamente —dijo Qui-Gon—. Tenéis que decirnos la verdad. Vuestra seguridad depende de ello.

—Pero si dijiste que aquí estábamos seguros —dijo Didi nervioso.

Qui-Gon negó con la cabeza.

—No, no dije eso. Esto sólo nos proporcionaba tiempo. Y me temo que el tiempo se ha acabado.

— ¿Qué queréis saber? —preguntó Astri.

Qui-Gon se volvió hacia Didi.

—Fligh robó dos datapad. Creemos que uno de ellos es la clave de vuestro problema. Debió de darte uno a ti, Didi. ¿Te dejó un maletín, una caja o algo así? ¿Pudo esconder algo mientras tú le dabas la espalda?

—Jamás le hubiera dado la espalda a Fligh —dijo Didi—. Ya me has preguntado por eso, amigo mío. Te vuelvo a decir lo mismo. Fligh no me dio nada.

Obi-Wan percibió cierto rubor en las mejillas de Astri.

— ¿Y tú, Astri? —preguntó.

Ella miró a su padre.

—Bueno. Algunas veces utilizaba a Fligh para algo más que para barrer.

— ¿Utilizabas a Fligh? —preguntó Didi, incrédulo—. ¿Después de haberme dicho que no me relacionara con él?

Astri parecía incómoda.

—Me había gastado mucho dinero en la cafetería y no teníamos clientes suficientes. Si hubiéramos tenido que cerrar no me lo habrías perdonado jamás. Yo sabía que Fligh iba por el Senado, así que le pagaba para que me dijera qué

senadores iban a dar cenas importantes. Así tendría ventaja para poder hacerme con el encargo. No hace mucho, Fligh me trajo dos informaciones importantes: una, que era probable que en breve alguien diera una fiesta de despedida a la senadora S'orn; y dos, que Jenna Zan Arbor iba a dar una cena. Le pagué por ambas informaciones.

— ¿Le pagaste por la información? ¡Ja! —exclamó Didi—. ¡Así que no soy el único de la familia que manipula un poco la verdad!

—No es momento para reprochar cosas a Astri —dijo Qui-Gon con firmeza.

— ¡Pero si no es un reproche! ¡Es una felicitación! —insistió Didi.

Las mejillas de Astri estaban rojas.

—Bueno, pues el caso es que Fligh me dio un datapad para que se lo guardara. Me dijo que acababa de intercambiarlo. Yo estaba haciendo algo, así que lo guardé en uno de los hornos. El horno estaba roto —añadió ella rápidamente—. Para deciros la verdad, me olvidé del datapad hasta la noche en que nos fuimos.

— ¿Y dónde está ahora? —preguntó Qui-Gon apremiante.

—Aquí—dijo Astri—. Me lo traje. Mi datapad estaba roto, así que pensé que podía utilizar éste.

Ella se acercó a una mesa y cogió un datapad que entregó a Qui-Gon.

—Todavía no he visto lo que contiene.

Qui-Gon accedió rápidamente a los archivos del datapad. Un extraño código apareció en la pantalla.

—Los archivos están codificados —musitó.

—Deben de ser de Jenna Zan Arbor —dijo Obi-Wan, mirando por encima de su hombro—. Probablemente sean fórmulas.

—Sí. Voy a enviárselas a Tahl. Ella se lo dará a nuestros expertos en códigos —Qui-Gon transfirió los archivos a su intercomunicador y llamó a Tahl.

—Claro, mándamelos —dijo Tahl—. Me pondré a ello enseguida, y en cuanto lo descifre te lo envío.

—Es alta prioridad —dijo Qui-Gon. Luego desactivó la conexión—. No podemos esperar. Tengo varios sitios en mente, contactos que podrían esconderos —dijo a Didi y a Astri.

—No me importará irme de aquí —dijo Astri estremeciéndose—. Es terriblemente solitario. Sólo nosotros y el viento soplando. La cuidadora nos dijo que no hay nadie por aquí en esta época del año. Al principio pensamos que eso sería una ventaja.

Obi-Wan y Qui-Gon se quedaron congelados.

— ¿Cuidadora? —preguntó Qui-Gon.

—Estaba aquí cuando llegamos —dijo Didi—. Relájate, Qui-Gon. Por lo menos

tiene cien años.

— ¿Dónde está? —preguntó Qui-Gon llevando la mano al sable láser.

Astri parecía atónita.

—Nos trae provisiones una vez al día. Ahora no está.

La sensación de incomodidad de Qui-Gon se convirtió en alerta.

Simultáneamente, los dos Jedi encendieron sus sables láser.

—Volvamos al crucero —dijo Qui-Gon.

—Pero nuestras cosas... —comenzó a decir Astri.

—Dejadlas.

Fueron hacia la puerta, pero era demasiado tarde. En ese momento, las persianas de duracero de las ventanas bajaron estruendosamente y se escuchó el seco chasquido de los cerrojos activándose por toda la casa. El cálido escondite se había convertido en una prisión.

Estaban atrapados. Y Qui-Gon estaba convencido de que la cazarrecompensas estaba con ellos en la casa.

Capítulo 15

— ¿Qué ocurre? —susurró Didi.

— ¿Dónde está el panel de iluminación? —le preguntó Qui-Gon a Didi.

—Ahí —Didi señaló a un panel instalado en una mesa.

Qui-Gon se acercó y apagó todas las luces. La oscuridad cayó como un velo. Obi-Wan no veía nada, pero esperó, sabiendo que sus ojos se adaptarían.

—Recuerda cómo luchaba la última vez, padawan —dijo Qui-Gon en un murmullo—. Su estrategia es atacar a los que defendemos para mantenernos ocupados. Ten en cuenta que irá a por ellos primero. Mira sus hombros para saber en qué dirección se moverá.

—Tengo el datapad, Qui-Gon —susurró Astri—. Está en mi túnica.

—Guárdalo —respondió Qui-Gon en voz baja—. Ya no lo necesitamos, pero es nuestra garantía de seguridad. Mientras la cazarrecompensas piense que podemos decirle dónde está, no nos matará.

—Ah, qué tranquilizador —dijo Didi. Su voz rezumaba miedo.

—Quedaos entre nosotros —les ordenó Qui-Gon a Didi y a Astri—. No podremos protegerlos si os dispersáis. Vamos a cortar los escudos de las ventanas.

Avanzaron con Astri y Didi entre ellos. La visión de Obi-Wan ya se había adaptado y miraba alrededor esperando que alguna sombra se moviera y se materializara en la cazarrecompensas.

Pero no estaba preparado para un ataque tan veloz. El látigo láser salió de la nada, dibujando una espiral en el aire hacia Astri. Qui-Gon saltó hacia delante, atacando con el sable láser, que interceptó el látigo. Un zumbido estruendoso surgió del choque.

El látigo se replegó y volvió a golpear, esta vez hacia Didi. Obi-Wan estaba preparado y asestó una estocada de izquierda a derecha. El látigo se enredó en el sable láser y echó humo antes de soltarse y volver hacia atrás. El sable láser no lo cortó.

Ahora podía verla. O al menos podía ver su silueta. No le veía los ojos. Iba completamente vestida de negro y era difícil seguir sus movimientos. Sólo el tenue brillo de sus botas y de su armadura le advertían adonde se dirigía. Era totalmente silenciosa.

El látigo se desplegó de nuevo, bailando sobre sus cabezas como si estuviera vivo. Qui-Gon y Obi-Wan no paraban de mover sus sables láser, girándolos sobre sus cabezas para rechazar el látigo letal. El Maestro Jedi no paraba de avanzar.

De repente, Astri comenzó a disparar con su pistola láser. Sus disparos se dispersaron, agujereando las ventanas de duracero, rebotaron y regresaron hacia ellos. Obi-Wan y Qui-Gon tuvieron que apresurarse para rechazarlos. Mientras tanto, el látigo volvió a desplegarse y le quitó la pistola láser a Astri de las manos.

Cayó al suelo.

Qui-Gon y Obi-Wan siguieron avanzando hacia las ventanas. La cazarrecompensas se dio cuenta de sus intenciones y saltó hacia delante, dando una fugaz voltereta hacia ellos. Su movimiento acabó en una patada rápida, lo suficiente como para golpear a Astri en las costillas. Se escuchó un sonido metálico cuando la suela de su bota chocó contra la túnica de Astri. Obi-Wan vio el gesto en el rostro de la cazarrecompensas. Se había dado cuenta de que la chica tenía el datapad.

Qui-Gon empujó a Astri tras él y lanzó un ataque hacia la cazarrecompensas. Ella seguía moviendo el látigo a una velocidad abrumadora. De repente, saltó hacia atrás rápidamente y escapó del Jedi. Seguía estando entre ellos y las ventanas. En un rápido cambio de estrategia, Qui-Gon empujó a Astri y a Didi para que subieran por la rampa.

—Corred —les ordenó.

La cazarrecompensas seguía saltando con la intención de poner distancia entre ella y los Jedi. Situarse y volver a dar la vuelta para enfrentarse a ellos iba a llevarle tiempo.

—Corre, padawan —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan subió corriendo la rampa y adivinó lo que Qui-Gon estaba pensando. Si podían llegar a las ventanas de arriba, podrían cortar el duracero. Y desde allí sería un salto sencillo hasta la plataforma de aterrizaje. Escuchó a Qui-Gon subiendo por la rampa tras él.

Cuando llegaron al nivel superior, su agudo sentido del oído les advirtió que la cazarrecompensas les perseguía a la carrera. Rápidamente, Qui-Gon abrió una cómoda que tenía varios compartimentos pegados a la pared de las ventanas.

—No salgáis hasta que venga a buscaros —dijo a Didi y a Astri, metiéndoles en los compartimentos.

Cerró las puertas tras ellos e indicó a Obi-Wan que comenzara a cortar las ventanas bloqueadas por el duracero. Luego se apresuró al encuentro de la cazarrecompensas, mientras ésta subía por la rampa curvada. Ella apareció al cabo de un segundo, pero, en lugar de enfrentarse a Qui-Gon, saltó por el aire, se agarró al sistema de las tuberías de conducción que iban por el techo y empleó la inercia para pasar por encima de la cabeza del Maestro Jedi, directa hacia Obi-Wan.

Obi-Wan dio una patada para girar y enfrentarse al ataque. Estaba en una posición difícil porque acababa de comenzar a cortar el duracero con su sable láser. Sintió las afiladas puntas del látigo rozándole la pierna al girarse. El dolor le atravesó, pero siguió moviéndose, alzando el sable láser para rechazar el fugaz látigo.

Sin tener que defender a Astri y a Didi, los Jedi podían atacar con mayor libertad. Se acercaron a la cazarrecompensas como si fueran uno, con los sables láser girando y cortando el aire, y anticipando los movimientos de la mujer y del

sinuoso y letal látigo.

Obi-Wan recordó que Qui-Gon le había dicho que vigilara los hombros de la cazarrecompensas. Sus pies eran rápidos, pero tenía tendencia a delatar sus movimientos.

Comenzó a retirarse, pero el látigo no dejó de moverse. El resplandor de los sables láser y el látigo les permitió ver en el rostro de la mujer una expresión de profunda ira. Era obvio que nunca se había enfrentado a dos Jedi como ellos.

Cuando llegó al borde de la rampa, Obi-Wan realizó un movimiento intrépido. Imitó lo que había hecho ella antes y saltó para agarrarse a las tuberías de conducción del techo. Cuando el látigo se desenrolló y se curvó alrededor de él, saltó sobre ella con ambos pies.

La cazarrecompensas gritó sorprendida mientras daba un gran salto por encima de la rampa. Aterrizó con un ruido sordo y siguió rodando por la pasarela. Intentó agarrarse para detener la caída, pero el suelo de piedra pulida estaba resbaladizo. Se le torció la pierna y se dio con la cabeza en la pared de piedra con otro ruido sordo.

Se quedó inmóvil.

—Corre, padawan —Qui-Gon se acercó a las ventanas. Obi-Wan y él cortaron el duracero. El material cedió, dejando un agujero que bastaba para que pudieran salir.

Qui-Gon abrió las puertas de los compartimentos. Obi-Wan ayudó rápidamente a Didi y a Astri a llegar a la ventana.

—Tú coge a Astri —le dijo Qui-Gon—. Yo llevaré a Didi.

Sin detenerse a responder, Obi-Wan cogió a la esbelta Astri en brazos. Qui-Gon cogió al rollizo Didi con la misma facilidad. Luego saltaron y aterrizaron suavemente en el suelo del exterior.

Qui-Gon se metió en el asiento del conductor del crucero y encendió el motor. Se encendieron los pilotos rojos de alarma y no hubo respuesta.

—Lo ha manipulado —dijo conciso.

—Intentémoslo con el nuestro —sugirió Didi, apresurándose hacia su vehículo.

Le siguieron, pero a Qui-Gon y a Obi-Wan no les sorprendió que el crucero de Didi tampoco funcionara.

—Ella tiene que tener un vehículo por aquí. Si pudiéramos... —comenzó a decir Qui-Gon, pero sus palabras fueron silenciadas por un grito estridente, casi animal.

Por un momento, la luz quedó bloqueada mientras la cazarrecompensas saltaba desde la ventana. Sus labios se curvaban en una sonrisa burlona.

Aterrizó sobre una pierna, chasqueando el látigo, y fue directamente a por Obi-Wan.

Capítulo 16

Qui-Gon se abalanzó para colocarse entre Obi-Wan y la cazarrecompensas mientras Didi y Astri retrocedían para apartarse. Obi-Wan aprovechó el momento para echar una rápida ojeada a la ladera de la montaña. Era vital que encontraran algún tipo de transporte. Tenían que sacar de allí a Astri y a Didi, aunque Qui-Gon y él tuvieran que quedarse en tierra distrayendo a la cazarrecompensas mientras ellos despegaban.

Al principio no pudo distinguir nada. La nieve era sumamente espesa y cegadoramente blanca, y estaba salpicada de rocas y peñascos. El sol se reflejaba en la nieve y le dañaba los ojos.

Apenas contaba con unos segundos. Obi-Wan invocó a la Fuerza, conectándose con todo lo que veía, desde las escarpadas cumbres y las rocas hasta la fría y densa capa de nieve.

Lo único que vio fue una pequeña irregularidad en la superficie nevada, a unos cientos de metros por debajo de él. Pero atrajo su atención. Era un crucero pequeño. Aunque era blanco y estaba hundido en la nieve, podía distinguir la silueta.

—Allí abajo —dijo Obi-Wan a Didi y a Astri, mientras el sable láser de Qui-Gon se enredaba con el látigo de la cazarrecompensas—. Junto a esas rocas.

—Ya lo veo —dijo Astri.

—Id allí —les apremió Obi-Wan, dándose la vuelta para cubrir el flanco de Qui-Gon—. ¡No nos esperéis!

Didi y Astri saltaron de la plataforma de aterrizaje hacia la nieve y se hundieron hasta las rodillas. Se abrieron paso a empujones, avanzando lentamente por la ladera de la colina. Los montones de nieve se alternaban con los parches de hielo, pero siguieron aproximándose al crucero.

La cazarrecompensas redobló sus esfuerzos, lanzando un repentino ataque que hizo que Obi-Wan y Qui-Gon retrocedieran hasta el borde de la plataforma de aterrizaje. La mujer había cogido la pistola láser de Astri y disparó una ráfaga con una mano mientras chasqueaba el látigo con la otra.

Los sables láser se movían a la velocidad del rayo para rechazar la ofensiva. Ella aprovechó su ventaja y les hizo caer desde la plataforma hasta la nieve.

El terreno era inestable. Obi-Wan se preparó para un ataque, pero la cazarrecompensas cambió de táctica. En lugar de seguir presionando, les dio la espalda y corrió hacia el otro extremo de la plataforma.

Se colocó en el borde y activó un dispositivo que llevaba en el cinturón. Un material de fina piel salió disparado de los hombros y los muslos de la mujer y la envolvió como una cuna. Ella dio un salto y aterrizó de espaldas en la nieve. Luego hundió los talones y Obi-Wan vio que ahora le salían espuelas de las suelas de las botas.

—Como siempre, está preparada —dijo Qui-Gon.

Con un empujón, la cazarrecompensas se impulsó y bajó la ladera de la montaña en su trineo improvisado, cada vez con mayor velocidad.

—Va a alcanzar a Didi y a Astrí desde abajo —dijo Obi-Wan—. Se pondrá entre ellos y el vehículo.

—Exactamente. Tenemos que alcanzarlos antes.

Didi y Astri habían avanzado bastante. Aunque el terreno presentaba dificultades, la desesperación les había dado impulso. Todavía no habían visto a la cazarrecompensas.

Obi-Wan y Qui-Gon se apresuraron a bajar por la empinada falda de la montaña en dirección a ellos, esquivando cuidadosamente el hielo y los peñascos. Obi-Wan escudriñó la montaña mirando a la cazarrecompensas. No podía imaginar cómo iba a detener su ascenso, pero, mientras se deslizaba, la mujer desplegó el látigo. Con un movimiento hábil, el arma se elevó en el aire y se enredó alrededor de un peñasco escarpado. Cuando se tensó, ella hundió los talones en la nieve. Había detenido su vertiginoso descenso. Se giró a un lado y se levantó de un salto, quitándose el trineo y echando a correr por la ladera.

Ascendía a bastante velocidad. Qui-Gon alertó a Didi y a Astri de que tenían a su enemiga justo debajo.

Ellos dudaron, sin saber adonde dirigirse. Se abrazaron el uno al otro, a la sombra del peñasco. Si seguían bajando, se darían de bruces con la cazarrecompensas. Y estaba demasiado inclinado para escalar.

Didi miró a Qui-Gon con gesto indefenso.

— ¡Quedaos ahí! —gritó Qui-Gon mientras atravesaba un montón de nieve—. Ya vamos.

Obi-Wan no estaba preocupado. Se encontraban más cerca de Didi y Astri que la cazarrecompensas. Iban a llegar antes que ella, no cabía duda.

Estaban casi a la par, cuando la cazarrecompensas hizo chasquear su látigo en dirección a Astri. Se desplegó mucho más de lo que ellos habían visto en ocasiones anteriores, alargándose cada vez más mientras surcaba el aire. No estaba en modo láser, así que no cortó a Astri. En lugar de eso se enrolló en su tobillo. Didi intentó desesperadamente sujetarla, pero Astri se cayó al suelo y fue arrastrada montaña abajo, en dirección a la cazarrecompensas. Al mismo tiempo, la mujer echó mano a la funda, extrajo su pistola láser y disparó a Didi. Él cayó lentamente, en silencio.

—Sabe que Astri tiene el datapad —dijo Qui-Gon sombrío—. Ve con Didi. Tengo una idea.

Qui-Gon activó de nuevo el sable láser y lo apuntó hacia delante, dando estocadas a un lado y a otro para abrirse camino. El hielo se derretió en segundos y al fin llegó a tocar el suelo. Avanzó rápidamente montaña abajo, pero no lo suficiente.

Obi-Wan utilizó la misma técnica para llegar hasta Didi. Esperaba de todo

corazón que siguiera vivo. Se arrodilló junto a él y se sacó el botiquín de emergencia del cinturón. Vio la mancha de sangre que se expandía por la túnica de Didi y la rasgó. Luego le aplicó un poco de bacta en la herida.

Didi abrió los ojos lentamente. La desesperación se dibujaba en su profunda mirada.

—Astri —murmuró.

Obi-Wan se giró. Qui-Gon no había llegado todavía a la cazarrecompensas, pero Astri sí. Estaba tumbada a los pies de su enemiga. La cazarrecompensas le clavaba una bota en el pecho y se agachaba para recoger el datapad que había caído de la túnica de Astri. Ésta agarró el datapad con firmeza agónica. La cazarrecompensas puso el látigo en modo láser, y éste comenzó a brillar.

Qui-Gon estaba demasiado lejos para detenerla.

—Astri —se lamentó Didi.

Obi-Wan invocó a la Fuerza. Sintió la potencia en los músculos al saltar del lado de Didi hasta el peñasco. En cuestión de segundos, llegó a la cima. Flexionó las rodillas y reunió energía para el salto. Voló por los aires, tan alto, que la cazarrecompensas sintió su presencia en el cielo y miró hacia arriba confundida. Apenas le dio tiempo a taparse con el brazo antes de que Obi-Wan, empleando la misma técnica que había utilizado en la casa, aterrizara sobre ella con toda su fuerza. Le golpeó en los dos hombros con tal fuerza que la empujó hacia atrás. Obi-Wan aterrizó en la nieve, con los pies plantados uno a cada lado de la cazarrecompensas y con el sable láser alzado.

—Ya basta —dijo él.

Ella se quedó rígida, pero él percibió algo de movimiento en la mano derecha. Obi-Wan vio el resplandor de una vibrocuchilla. Moviendo sólo los dedos, la mujer la lanzó hábilmente en dirección a Astri.

La estocada de Obi-Wan llegó tarde por milésimas de segundo y consiguió herir a la cazarrecompensas en los dedos. Al mismo tiempo, el joven Jedi saltó hacia atrás girando en el aire para interceptar la cuchilla con la otra mano. Utilizando sus reflejos Jedi ralentizó el tiempo y pudo visualizar exactamente por dónde cogerla. La empuñadura se hundió en su mano.

La cazarrecompensas hundió los dedos en la nieve por un momento y se mordió el labio.

El dolor debía de ser terrible y, por primera vez, la mujer articuló palabra. Sus ojos llameaban odio hacia Obi-Wan.

—Me... las... pagarás.

De repente, un cable salió disparado desde el cinturón de la mujer. Una baliza de rescate conectada a su crucero comenzó a enrollarse tirando de ella hacia atrás. Su cuerpo daba tumbos contra el hielo. Parecía algo terriblemente doloroso.

—Quédate con ellos —le ordenó Qui-Gon, y salió detrás de ella.

Obi-Wan vio cómo Qui-Gon alcanzaba a la cazarrecompensas. Ella trepó a su crucero. Los motores se encendieron y la rampa de descenso comenzó a cerrarse mientras Qui-Gon daba un enorme salto y aterrizaba en ella.

Horrorizado, Obi-Wan vio el resplandor de los disparos de una pistola láser. Qui-Gon se tambaleó.

— ¡Maestro! —gritó Obi-Wan.

Qui-Gon cayó hacia atrás y se hundió en las entrañas de la nave. La rampa se replegó, y la nave se elevó en el aire y salió disparada hacia la lejana atmósfera.

Obi-Wan escuchó el viento sobre la superficie de la nieve como si no lo hubiera oído hasta ese momento. Astri respiraba con dificultad tras él. El eco de su propio grito de furia retumbó en las montañas mientras veía partir la nave.

¿Había capturado la cazarrecompensas a Qui-Gon o había sido al revés? ¿Estaría mortalmente herido? ¿Estaría vivo... o muerto?

La rabia de la incertidumbre le daba ganas de derrumbarse, pero había heridos de los que se tenía que ocupar. Qui-Gon le había dicho que se quedara.

—No desespere, Qui-Gon —susurró—. Te encontraré. Aguanta.

Encontraría la forma de rescatar a su Maestro.